
HARLEQUIN
Deseo™
A TRAVÉS DEL TIEMPO
SHAWNA DELACORTE

A través del tiempo

Shawna Delacorte

Indice

Argumento

Corría el riesgo de que el doloroso pasado volviera a repetirse...

Habían pasado quince años desde que Ry Collier le rompiera el corazón siendo sólo una adolescente.Quince años durante los que Ry había amasado una fortuna y Jean Summerfield se había convertido en una mujer impresionante que, a juzgar por la cara de Ry al verla, poco tenía que ver con la torpe jovencita de otro tiempo.Pero no tardó en darse cuenta de por qué aquella cara le resultaba familiar y, a pesar del pasado, se acostaron juntos.Y aquello trajo consecuencias....

Capítulo uno

Jean Summerfield se quedó helada. Sintió que no podía respirar.Le vió en cuanto entró en el salón del hotel donde se estaba celebrando la fiesta. Se quedó mirando aquel rostro entre la multitud de invitados. Inmediatamente, dolorosos recuerdos se apoderaron de ella. El corazón le dio un vuelco y se le secó la boca.

No podía ser... Ryland Collier... No podía ser después de tantos años. Ry Collier... el chico que la había humillado y le había roto el corazón hacía quince años.

— ¿Te pasa algo Jean? Te has quedado como si hubieras visto a un fantasma.

Jean giró la cabeza hacia su mejor amiga, Susan Brundage.

—Yo.. Eh... sí, no. Estoy bien. Me había parecido ver a alguien que conocía, pero me he equivocado.

Volvió a mirar en la dirección en la que estaba Ry. El estómago se le hizo un nudo. La garganta, también. Creía haber olvidado el pasado, pero en una fracción de segundo las inseguridades de la adolescente que había sido, sin pecho y gordita, volvieron a apoderarse de ella.

Susan la tomó del brazo y la sacó de sus pensamientos.

—Te quiero presentar a una persona. Acaba de llegar esta tarde de Chicago

—rió su amiga—. Es el típico chico al que tu madre te advierte que no te debes acercar, ¿sabes? Es un guapo, encantador y con mucho dinero. Una combinación peligrosa, desde luego. ¿Y sabes qué? ¡Es soltero!

A medida que avanzaba guiada por Susan hacia el hombre que había creído que nunca volvería a ver, Jean sintió que el nudo del estómago se le hacía cada vez más prieto.

Tomó aire para tranquilizarse, pero no le sirvió de nada. Notó que se le tensaban todos los músculos del cuerpo y se dio cuenta de que no sabía qué iba a pasar.

Ry, te quiero presentar a mi madrina de boda, Jean Summerfield. Jean, éste es el padrino de Bill, Ry Collier. Me apetecía mucho que os conocierais porque os vais a ver mucho esta semana, hasta que llegue la boda.

Una sonrisa de lo más sensual iluminó los atractivos rasgos de Ry y un brillo especial se apoderó de sus ojos color plata mientras hacía un balance del cuerpo de Jean.

Es un placer conocerte, Jean —le dijo extendiendo la mano.

Jean se la estrechó. Al instante, sintió una descarga por todo el

cuerpo y se apresuró a retirarla, aliviada porque no la hubiera reconocido.

Tal vez, el doloroso trauma del pasado no saliera a la luz después de todo.

El placer es mío —sonrió recobrando la compostura.

¿De verdad? —Bromeó Ry con una inmensa sonrisa—. Vamos a tener que hablar más detenidamente de este asunto del placer —rió—. ¿Bailas?

La agarró de la mano, la condujo a la pista de baile y la tomó entre sus brazos. No había dado muestras de conocerlo, pero Ry estaba seguro de que sus caminos se habían cruzado en algún momento.

Claro que si hubiera conocido a una mujer tan bella jamás la habría olvidado. ¿Cómo olvidar aquella melena castaña, aquellos ojos color miel y una figura que el amplio traje de chaqueta que llevaba no podía esconder?

Al instante, sintió una punzada en el pecho y supo que aquella mujer era mucho más que una mujer para pasar el rato. Sabía que la conocía de algo, pero no era capaz de recordar de qué.

Lo que sí estaba claro era que había despertado su libido.

Cuando percibió su delicado perfume, no pudo evitar quedarse prendado. Bailar con ella le había subido la tensión arterial por las nubes, seguro.

Había algo en Jean que le había llamado poderosamente la atención y le había hecho desear mucho más que bailar con ella en una fiesta.

—Se supone que la novia tiene que ser el centro de atención, pero deja que te diga que la mujer más guapa de esta fiesta eres tú —susurró abrazándola un poco más.

Jean miró a su alrededor completamente turbada y sonrojada.

Qué va —contestó—. Susan es guapísima. Con esa melena rubia que tiene y sus preciosos ojos azules... va a ser una novia espectacular.

—Me gusta más la madrina —insistió Ry dándose cuenta de que estaba avergonzada de verdad.

¿No se daba cuenta de lo guapa que era? ¿Sería que no estaba acostumbrada a que se lo dijeran? Nada que ver con las mujeres que solía conocer, muy preocupadas por su apariencia externa pero en absoluto de la interna.

Mientras bailaban, su mente retrocedió quince años. En el colegio, había una chica que le gustaba mucho. Tenía una belleza interna difícil de igualar y con ella Ry se sentía muy a gusto porque podían hablar de todo.

Sin querer, había acabado con aquella bonita amistad de forma tan rotunda como si le hubiera dicho que no quería volver a verla. Había pasado mucho tiempo, pero la angustia y la culpa seguían vivas

dentro de él.

Ry apartó aquellos recuerdos negativos y concentró su atención en la preciosidad con la que estaba bailando.

—Es una idea buenísima, ¿verdad? —comentó—. Me refiero a dar una fiesta para que todos los invitados de la boda se conozcan antes de la ceremonia. ¿Hace mucho que conoces a Susan y a Bill?

—A Bill no porque llegó a Seattle hace cuatro años, pero Susan y yo somos las dos de aquí y nos conocemos hace más de ocho.

Somos del mismo grupo de teatro. ¿Y Bill y tú?

Fuimos compañeros de universidad en la UCLA. Compartimos habitación el primer año y nos hicimos inseparables. Sin embargo, cuando terminé, me fui a vivir a Los Ángeles porque allí es donde tengo mi empresa.

¿A qué te dedicas?

—Analizo los procedimientos y los sistemas de gestión de las empresas, localizo las pérdidas de tiempo y activos y, según los datos de la operación, aconsejo cómo mejorar el negocio. Acabo de firmar un contrato para quedarme cuatro semanas aquí, en Seattle, a partir del lunes siguiente a la boda. ¿Y tú? ¿Qué haces aparte de dedicarte al teatro y a dejar con la boca abierta a los hombres?

Jean volvió a sonrojarse.

Por favor, para ya. Me estás desconcertando —contestó intentando mantener la calma—. Soy directora de personal en una empresa de manufacturación —le explicó preguntándose qué la molestaba más, la facilidad con la que le soltaba los cumplidos o el hecho de que fuera él, Ry Collier, el que se los dijera.

Ry la apretó todavía un poquito más contra él de manera que sus cuerpos estuvieran pegados mientras bailaban.

Lo último que le apetecía era ponerse a hablar de trabajo con ella. Le pareció que las curvas de aquel cuerpo eran perfectas. Debía de ser su perfume lo que lo estaba volviendo loco porque estaba empezando a tener todo tipo de deseos sexuales.

Se moría por besarla, tomarla en brazos, depositarla en la cama más cercana y pasarse toda la noche haciéndole el amor de manera desaforada.

Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para volver a la conversación. Cuanto más tiempo pasaba, más convencido estaba que se conocían de algo.

—Yo también soy de aquí —dijo buscando alguna reacción en ella.

Le pareció que se tensaba un poco, pero seguramente habían sido imaginaciones suyas.

Jean dejó que su mente divagara mientras bailaban.

Habían pasado quince años, pero por fin había conseguido

bailar con Ry Collier. Tenerlo tan cerca resultaba intoxicante. Su magnetismo sensual era tan fuerte que la confundía. Todas las fantasías que había tenido sobre él se estaban cumpliendo, pero no era suficiente para borrar el dolor y la humillación de aquella noche de hacía tantos años.

Sintió una punzada en el corazón mientras volvía a la conversación.

¿Quieres cenar conmigo? —le estaba preguntando Ry.

¿Cómo? —contestó ella frunciendo el ceño.

¿Por qué no nos despedimos de Bill y de Susan y nos vamos a cenar a un restaurante pequeño donde podamos conocernos mejor? —le propuso Ry—. O, mejor todavía, podríamos subir a mi suite y pedir al servicio de habitaciones que nos llevara la cena

—añadió, acercándose tanto a su oído que a Jean le pareció sentir sus labios en el pelo.

Al instante, sintió una energía desconocida seguida de una oleada de recelo.

¿Estás en este hotel? —consiguió decir—. Te debe de salir muy caro para tanto tiempo

—comentó.

Teniendo en cuenta que todas las celebraciones del enlace, incluida esta fiesta, la pedida y el banquete, se celebran aquí me pareció el mejor hotel para hospedarme. Además, he decidido quedarme también durante las cuatro semanas que voy a estar en la ciudad trabajando.

¿Cinco semanas en total? El recelo de Jean se tornó angustia. ¿Cómo iba a estar cinco semanas en contacto con él sin que el dolor y la humillación afloraran por algún sitio? Intentó tomar aire para calmarse.

Se dijo que el hecho de que él fuera a estar en la ciudad cinco semanas no quería decir que fueran a verse después de la celebración de la boda de sus respectivos amigos.

Al terminar la canción, salieron de la pista de baile.

— ¿Qué me dices de la cena? —insistió Ry.

Jean no se había sentido tan confusa jamás. ¿Debía decirle quién era o disfrutar de sus atenciones como si no se conocieran?

—Acabo de llegar, así que me parece de mala educación irme ya. Soy la madrina de Susan y tengo que estar aquí. Dado que tú eres el padrino, lo mismo te digo.

—Tienes razón —sonrió Ry conduciéndola a una mesa apartada —. ¿Qué quieres que te traiga de beber?

—Una copa de vino blánco, por favor.

—Ahora mismo vuelvo.

Mientras iba hacia la barra, volvió a pensar que,

definitivamente, se conocían de algo. Su sonrisa, sus ojos, su voz...

Sabía que era algo lejano y, aunque lo excitaba sobremanera, la asociaba con algo profundo y especial.

Al volver a la mesa, se sentó, le dio su copa de vino blanco y se quedó mirándola un momento.

Jean se sintió incómoda bajo su escrutinio.

— ¿Pasa algo? —preguntó intentando sonar natural—. ¿Tengo algo en la cara? —rió tocándosela.

—No —contestó él acariciándole la mejilla—. Tienes una cara preciosa.

— ¿Por qué me miras fijamente? —preguntó Jean un tanto irritada.

—Te parecerá una tontería, pero tengo la sensación de que te conozco de algo. Hay algo en ti que se me hace familiar. ¿Nos hemos visto antes?

—Nunca he estado en Los Ángeles ni en Chicago —contestó Jean tras sopesar la pregunta.

—Menuda respuesta —sonrió Ry mirándola con curiosidad—. Yo viví en Seattle hasta que me fui a la universidad. A lo mejor nos conocemos de entonces.

—A lo mejor —contestó Jean.

En serio, nos conocemos, ¿verdad?

Si tú lo dices —contestó Jean sintiendo que le faltaba el aliento.

Era obvio que Ry no iba a dejar el tema, quería una contestación. ¿Y si le decía que no, que no se conocían de nada? ¿Se enfadaría cuando descubriera la verdad? ¿Y qué? ¿Qué derecho tenía a enfadarse con ella? Lo malo era que ella nunca mentía...

—Estoy seguro de que nos conocemos —insistió Ry—. Como dices que nunca has estado ni en Chicago ni Los Ángeles, doy por hecho que fue cuando vivía aquí.

La miró a los ojos y vio que estaba incómoda. Aquello demostraba que estaba en lo cierto ¿por qué no le quería decir de qué se conocían? Qué situación tan extraña. Ry no sabía cómo actuar.

—Veo que no me lo quieres decir —comentó tocándole el pelo — así que te propongo que volvamos a la pista de baile, a ver si me acuerdo yo. Jean se volvió a encontrar entre sus brazos. Ryland Collier había sido su sueño durante dos ños, antes del vergonzoso incidente del baile, en la fiesta de graduación del último año de colegio.

Sabía que era una tontería por su parte no haber olvidado aquella vergüenza, pero no podía evitarlo.

Había conseguido olvidar muchas otras cosas de aquella época, desde la frialdad de la abuela que la había criado hasta la inseguridad de tener sobrepeso, pasando por los aparatos dentales y las gafas.

Se había sobrepuesto a la timidez y a la dificultad para

relacionarse con los demás, pero no a aquella noche.

Ry la sacó de sus divagaciones rozándole la boca con los labios.

Como ya nos conocíamos, he pensado que un beso de «hola, ¿qué tal?» venía a cuento —susurró apretándola contra sí muy sonriente—. No serás mi vecinita de seis años con la que jugaba a los médicos, ¿verdad?

Jean no pudo evitar reírse.

No —contestó—. Cuando era pequeña, no jugaba a los médicos.

¿Y ahora que eres mayor? —bromeó Ry. Jean intentó no excitarse con sus palabras. —Nunca he jugado a los médicos —contestó.

—Todavía estás a tiempo de aprender —sonrió Ry—. Si quieres, yo te enseño.

Susan tenía razón. Desde luego, aquel hombre sabía cómo encandilar a una mujer. Jean sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Jugar a los médicos con Ry Collier podría ser una experiencia impresionante.

Cuando terminó la canción que estaban bailando, volvieron a su mesa, donde los esperaban las copas de vino.

¿Qué tal os lo estáis pasando? —les preguntó Bill Todd—. Ya sabéis que la madrina y el padrino se tienen que llevar bien —añadió poniéndole las manos a Ry en los hombros y dándole un beso a Jean en la mejilla.

Hasta ahora, sé que Jean baila de maravilla —contestó Ry— lleva un perfume delicioso y nunca ha jugado a los médicos —sonrió pasándole el brazo por los hombros—. Me he ofrecido a enseñarle a jugar hoy, pero me ha ignorado. Aparte de eso, nos lo estamos pasando muy bien.

Susan se unió al grupo y tomó de la mano a su prometido.

— ¿Qué pasa? —preguntó mirando a Ry y a su amiga—. ¿Va todo bien?

Jean se dio cuenta de que su amiga estaba preocupada y se sintió en la obligación de asegurarle que todo iba estupendamente.

—Todo bien por aquí —contestó mirando sonriente a su alrededor—. Todo el mundo se lo está pasando fenomenal.

Susan y Bill se quedaron con ellos un rato, pero tuvieron que ir a saludar a los demás invitados.

—Como no deje de preocuparse por todo, va a llegar histérica a la boda

—comentó Jean observándola.

— ¿Habla la voz de la experiencia? —preguntó Ry.

¿Me estás preguntando si estoy casada?

Ry desvió la mirada.

Eh... sí, supongo que sí —admitió.

No lo estoy, pero lo estuve durante dos años —contestó—. Desde luego, para lo que resultó ser, no mereció la pena.

Ry detectó la amargura de sus palabras.

—No parece que fuera un cuento con final feliz —apuntó.

No —contestó Jean—. ¿Y tú?

— ¿Yo? No, yo soy un soltero empedernido —rió Ry en tono agridulce—Me da alergia incluso el arroz.

¿No has estado casado?

—Sí, bueno... hace mucho tiempo —contestó con cierta ira contenida.

Era algo de lo que Ry no quería hablar. Lo habían engañado, mentido, manipulado y convencido para casarse, algo que nunca debería haber hecho. Se había jurado que no iba a repetir la experiencia.

Intentó apartar de su cabeza los recuerdos de aquellos dos horribles meses de matrimonio que le habían parecido dos siglos.

Tenía cosas mejores en las que pensar. Se había propuesto tener veinte millones de dólares para cuando cumpliera treinta y cinco años. Trabajando mucho y haciendo cuantiosas inversiones, estaba a punto de conseguirlo y todavía tenía treinta y dos.

Decidido a no hablar de su matrimonio, acarició el rostro de Jean y descansó la mano sobre la suya.

— ¿Por qué no me dices de qué nos conocemos y me ahorras la frustración de devanarme los sesos? —le dijo.

Jean tomó aire. Tenía dos opciones: crear una situación un tanto extraña exigiéndole que dejara el tema o confesar la verdad. Notó que se había hecho un nudo en la garganta y tragó saliva con nerviosismo.

— ¿Te dice algo el nombre de Sally Jean Potter? —le preguntó por fin.

Ry se quedó como si lo hubiera abofeteado y miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sally Jean? ¿Eres Sally Jean Potter? —murmuró—. Sally Jean... yo... eh... tú y yo...

No acertaba a decir nada coherente.

La horrible culpa que había vivido con él dunte quince años explotó en su conciencia. Le había hecho algo terrible a aquella chica, pero en aquel momento había creído que no tenía otra opción. Lo peor había sido que jamás le había explicado la situación, nunca le había dicho por qué había cancelado su invitación para ir al baile de graduación en el último minuto.

¿Cancelar? Más bien, la había dejado plantada.

Su cerebro le dijo que se fuera de allí antes de que las cosas se pusieran peor, pero su cuerpo no reaccionaba. Además, no tenía

dieciete años, no podía huir. Era un adulto que debía afrontar su pasado, así que intentó mantener la compostura.

Empezó por obligarse a sonreír.

Sally Jean... —dijo—. No te había reconocido, has cambiado mucho... Ya no llevas aparatos dentales ni gafas...

Y también he adelgazado, no te olvides de eso —dijo ella en tono sarcástico.

Desde luego, has cambiado mucho en estos quince años.

Jean sintió que tenía que protegerse para que los dolorosos recuerdos no la hundieran.

—Sí, desde luego. Entonces, era una chica más bien fea.

Ry entendió por la amargura de sus palabras lo mucho que la había herido. La miró a los ojos, se inclinó sobre ella y la besó.

—Yo no he dicho eso —dijo en un susurro—. Nunca me lo pareciste. Me parecías una chica con unas cualidades internas, que casi nadie tenía y que muy pocos entendían.

No era lo que Jean esperaba que dijera. ¿La estaba intentando salvar de un momento humillante o estaba siendo sincero?

Quería creerlo, pero no podía fiarse de él. Ry tomó su copa de vino.

¿Cuándo dejaste de llamarte Sally Jean?

Inmediatamente después de divorciarme. En el mismo instante en el que decidí utilizar lentillas y perder quince kilos.

Bueno Sally Jean...

—Jean a secas, si no te importa —lo interrumpió, dándose cuenta de que lo estaba tratando con mucha dureza.

Ry no había mencionado lo que ocurrió entre ellos. ¿Lo habría olvidado? Tal vez, el destino estaba de su parte y había hecho que se volvieran a encontrar para acabar con aquel enamoramiento adolescente, para poder pasar página.

—Sí, Jean —contestó Ry intentando controlar la angustia que sentía dentro de él.

¿Para qué iban a hablar de aquel desastre de hacía quince años? Tenía suficiente culpabilidad dentro de sí para dos vidas, así que, ¿para qué añadir más leña al fuego?

Cerró los ojos un momento y recordó a Sally Jean, con dieciséis años, mirándolo en el supermercado con inmenso dolor porque hacía apenas dos horas él la había llamado por teléfono para decirle que no la iba a poder llevar al baile porque estaba gravemente enfermo.

Notó que se le formaba un nudo en la garganta y sintió que se le agolpaba la sangre en las sienes, así que intentó apartar aquel recuerdo de su cabeza.

Intentó sonreír y mostrarse encantador.

— ¿Qué has hecho desde el colegio? ¿Qué ha sido de tu vida?

—le preguntó dándole vueltas a la copa—. Vaya, veo que tú también te has terminado el vino —advirtió—. Voy a por un par de copas más y luego hablamos.

—No quiero otra copa...

Ry tomó ambas copas y se alejó.

Jean lo observó ir hacia la barra, cerró los ojos e intentó calmarse. Ry Collier era lo que toda mujer desearía. Por lo menos, era el hombre que ella siempre había deseado. No se había olvidado de él durante la universidad ni durante su corto matrimonio ni durante la desastrosa relación que había tenido después ni durante todos los demás años.

Ry volvió a los pocos minutos con dos copas más.

—Por los viejos amigos y por habernos vuelto encontrar —brindó sentándose.

Jean bebió y dejó su copa en la mesa.

Viejos amigos... reencontrarse... muchas cosas sin hablar, sin embargo... —dijo perdida en sus pensamientos.

Ry sintió que se le tensaba todo el cuerpo. No quería hablar de sus años de colegio. Lo habían llamado para la reunión yde los cinco, los diez y los quince años y nunca había ido. No le interesaba.

Le había costado mucho sobreponerse a su infancia y a su adolescencia y no quería recordar aquella época.

Entonces, Sally Jean había sido su único refugio. Con ella, podía ser como era de verdad, no tenía que molestarse en fingir. Su amistad era la mejor, pero él había acabado con ella.

Ahora, el destino le daba la oportunidad de arreglar lo que había roto, pero no estaba preparado. Había sido tan de repente...

Siempre había estado seguro de sus palabras y de sus actos, pero ahora le costaba hablar, no sabía qué decir, así que le acarició la mano.

Jean sintió que se le aceleraba el corazón. Quería mantenerse alejada de él emocionalmente, pero le resultaba imposible. Tenía que soltarse de su imán como fuera, pero primero tenía que saber qué había sucedido hacía quince años.

Necesitaba saberlo para poder dejar de sufrir.

Ry se dio cuenta de que estaba nerviosa. Miró la hora y se dio cuenta de que debía atender ciertos asuntos profesionales. No quería dejarla en un momento así, pero los negocios no podían esperar.

—No me había dado cuenta de que fuera tan tarde —comentó—. Tengo que llamar a un cliente sin falta, así que me tengo que ir.

¿Ah, sí? —Contestó Jean entre escéptica y decepcionada por su cobardía—. Entonces, ¿lo de cenar juntos no era más que un farol? Claro, lo has dicho antes de saber quién era, ¿verdad? Ahora que lo sabes, te ha surgido algo muy importante

—apuntó con ironía.

Una vez más, sus palabras hicieron que Ry se sintiera culpable.

—En absoluto —contestó sinceramente—. Si hubieras aceptado mi invitación, habría cambiado mi agenda, pero ya no puedo, es demasiado tarde —le explicó tomándole la cara entre las manos y besándola de nuevo. ¿Qué te parece mañana?

—le propuso—. Podríamos ir a algún restaurante cerca del río.

Vio que Jean dudaba y decidió ir a por todas. —Te pasaré a buscar a las seis. ¿Dónde vives?

No... No puedo cenar contigo.

¿No? ¿Por qué no?

No hasta que sepa... —se interrumpió deseando no haber llegado hasta aquel momento, pero ya no había marcha atrás.

Los acontecimientos se habían precipitado y tenía que seguir adelante.

Necesito saberlo, Ry —continuó nerviosa—. Necesito saber qué pasó hace quince años. ¿Por qué me dijiste que estabas enfermo cuando no era verdad? ¿Por qué me dejaste plantada para ir al baile de graduación? ¿Por qué me hiciste algo tan horrible? —le preguntó revolviéndose incómoda en la silla.

Ry parecía estar mirándola, pero se notaba que estaba a miles de kilómetros de distancia.

¿No la estaba escuchando? ¿Para él había sido un episodio tan insignificante que ni se acordaba? Jean pensó que, tal vez, se hubiera equivocado pidiéndole una explicación. Con cada segundo de silencio que pasaba, se fue poniendo más y más nerviosa.

Capítulo Dos

Jean es taba tan incómoda que se forzó a hablar.

—Tenías una vida de ensueño —recordó—. Eras capitán del equipo de fútbol, delegado de curso, el chico más popular del colegio. Tenías el mundo en la palma de la mano. Lo tenías todo —añadió con un nudo en la garganta—. ¿Por qué tuviste que burlarte de mí de forma tan cruel? ¿Por qué?

—Sí, lo tenía todo —contestó Ry con sarcasmo—. Tenía todo y más, pero tenía que ser lo que la gente esperaba que fuera, tenía que vivir como si no me preocupara por nada —añadió con tristeza—. Una vida estupenda.

Frunció el ceño como si estuviera ordenando sus recuerdos y sus pensamientos.

—Tú eras la única persona con la que podía comportarme como era en realidad, eras la única persona con la que podía hablar de verdad.

Aquellas palabras pillaron a Jean completamente por sorpresa. Era lo último que esperaba oír. ¿Por qué no se había dado cuenta entonces de que Ry tenía problemas? ¿Por qué no se había dado cuenta de que necesitaba su amistad tan desesperadamente?

Intentó controlar sus recelos y aplastar el dolor, pero no pudo evitar que se le quebrara la voz.

—Ry, necesito saberlo —dijo en un hilo de voz—. ¿Qué pasó aquella nóche hace quince años? Era la persona más feliz del mundo porque me habías invitado a ir al baile contigo, vivía en una nube desde que lo pediste y, de repente; una hora antes de que tuvieras que ir a buscarme, me llamaste para decirme que estabas enfermo. Me sentí fatal; pero lo entendí. Dos horas después, nos encontramos en el supermercado y estabas perfectamente. Intenté hablar contigo, pero tú te diste la vuelta y saliste corriendo. No me había sentido peor en mi vida. En pocas horas, pasé de ser la persona más feliz del mundo a ser la más triste —le explicó intentando no llorar—. Y el lunes en el colegio, me ignoraste, no— quisiste saber nada de mí. ¿Qué pasó, Ry? Yo creía que éramos amigos. Desde luego,si fue una broma fue muy cruel. ¿Qué te hice para que me trataras así? ¿Por qué me traicionaste de esa manera?

Ry se revolvió incómodo en la silla. Entendía la ira y el dolor gracias a su padre, incluso entendía la humillación, pero, ¿la traición? Aquella palabra lo cortó como un cuchillo afilado. No esperaba oír aquello de sus labios. No podía huir, debía decirle la verdad.

Tomó aire para tranquilizarse y notó que la seguridad que lo caracterizaba lo había abandonado, algo que nunca le había ocurrido en su vida adulta.

Alargó el brazo y le tomó la mano. Notó que se tensaba, pero no la apartó.

—Llevo quince años sintiéndome culpable confesó—. No sé si voy a saber explicarlo —añadió intentando ordenar sus ideas para no sonar demasiado estúpido—. Primero, te tengo que contar cosas de mi casa, cosas que nunca le he contado a nadie —añadió volviendo a tomar aire—. Mi padre, por decirlo de manera suave, era un canalla que sólo se preocupaba por jugar y con el que no se podía contar para nada. Sus promesas eran papel mojado. No sé si, cuando las hacía, tenía intención de cumplirlas, pero nunca lo hacía. No era capaz de tener un trabajo estable ni de mantener a su familia —le explicó riendo amargamente—. De ahí me deben de venir a mí las ganas de triunfar en la vida —continuó recordando cosas que habían sucedido en su infancia—. Me acuerdo de unas Navidades espantosas. Yo tenía ocho años y lo único que quería era un tren.

Una semana antes de la entrega de regalos, estaba sólo en casa y descubrí por casualidad una caja envuelta en un armario, la abrí un poco y vi que era un tren. Emocionado, la volví a cerrar y la guardé. Aquella semana fue la más larga de mi vida. La mañana del día de Navidad, corrí al salón, pero la caja que había visto no estaba bajo el árbol. Sí había una caja muy pequeña y mal envuelta con mi nombre. Ni rastro del tren que tanto deseaba. Abrí el regalo y me encontré con dos calzoncillos y dos pares de calcetines. No entendía nada, miré a mi madre, que me miró con lágrimas en los ojos. En los de mi padre, sólo vi indiferencia. No era la primera vez que me defraudaba, pero aquélla me dolió de manera especial. El tren había estado en casa, me lo habían comprado, pero había desaparecido. Aquella noche, oí a mis padres discutir. Mi padre había devuelto mi regalo para gastars el dinero en jugar.Me domí llorando—concluyó sacudiendo la cabeza para olvidar aquellos horribles recuerdos.

Volviendo a tu pregunta de por qué no te llevé al baile, sencillamente no tenía dinero. Había ahorrado para alquilar el esmoquin y comprarte una flor, pero tuve que ayudar en casa para pagar el alquiler de aquel mes. Mi querido padre me prometió devolvérmelo para que te pudiera llevar al baile. Lo creí, como tantas veces, porque quería creerlo, pero en lo más profundo de mí sabía que no había esperanzas —narró Ry mirándose en los ojos de Jean en busca de comprensión—. Por eso te avisé en el último momento, porque me engañé a mí mismo pensando que aquella vez, por fin, mi padre iba a hacer lo que había prometido —suspiró. Por supuesto, no fue así. Por eso, te dije que estaba enfermo y que no iba a poder ir. Me

daba vergüenza contarte la verdad. Cuando nos encontramos en el supermercado y cuando te vi en el colegio, no pude soportar el dolor que encontré en tus ojos. No pude enfrentarme a ti. Sabía que te había hecho daño y me sentía muy culpable, pero no sabía qué hacer —añadió apretando la mandíbula—. Entonces, me juré que jamás volvería a depender de nadie para nada..

Ry sintió que la angustia se había apoderado de él. Estaba acostumbrado a tener siempre la situcióncontrolada y a no exponer sus sentimientos. Hacía muchos años que no se sentía tan vulnerable y no le gustaba. Tomó la mano de Jean entre las suyas para tranquilizarse.

—Eso es lo que sucedió hace quince años —concluyó—. Estoy séguro que había una manera mejor de hacer las cosas, pero no supe encontrarla. Nunca quise hacerte daño —añadió mirándola a los ojos —. Por favor, créeme, era lo último que quería. Perdona por no haberte dicho la verdad, pero me daba vergüenza. No quería que la gente supiera cómo se vivía en mi casa. Ya sé que es mucho pedir, pero, ¿podrías perdonarme, por favor?

Jean no pudo contestar inmediatamente.

—No sabía que tenías esa situación —dijo por fin—. Parecías feliz, como si lo tuvieras todo, como si tus deseos se hicieran realidad.

—Me esforzaba por que así pareciera —admitió Ry—. Por eso tú eras tan importante para mí. Eras la única persona con la que estaba cómodo, la única que no me juzgaba y no esperaba cosas imposibles de mí, la única que me aceptaba por lo que era y no por lo que querías que fuese. Tu amistad era muy especial para mí, era lo más importante que tenía entonces. Por eso quería llevarte al baile.

Jean se sintió cada vez más tranquila —¿Por qué no me contaste la verdad si tan importante era para tí?

—Supongo que cuando eres un adolescente confundido, no eres capaz de ver las cosas más lógicas—contestó Ry encogiéndose de hombros.

—Al día siguiente, oí a un grupo de animadoras...—dijo Jean recordando la humillación—. Se estaban riendo porque decían que sólo me habías invitado para burlarte dé mí.

Ry apretó los dientes.

—Espero que no lo creyeras —dijo enfadado—. No eran más que un grupo, de esnobs con cabezas de chorlito. No te llegaban, ni a la suela de los zapatos. Ellas no sabían lo que era la inteligencia, la compasión y la amistad de verdad. Todas juntas no hubieran podido competir contigo.

Jean lo creyó y sintió que se le había quitado un gran peso de encima. Después de tanto tiempo, por fin sabía qué había pasado.

De repente, se dio cuenta de que Ry la miraba compungido,

como si necesitara su absolución.

Gracias por habérmelo contado —le dijo sonriendo—. Era un dolor que llevaba dentro desde hacía quince años.

¿Me perdonas, entonces? Por favor, perdóname y pon fin a mis quince años de suplicio.

Sí —contestó Jean—, te perdono y te doy las gracias por haberme contado la verdad. Así, podré cerrar esa vieja herida.

Ry le apretó la mano y se la besó sintiéndose tremendamente liviano. Después de quince años, había vuelto a ver a su amiga del colegio y habían arreglado la situación.

¿Qué hay de la cena de mañana? —sonrió—. ¿Dónde vives? ¿Dónde te recojo?

Jean le dio su dirección y Ry sonrió encantado. Jean le estaba dando la oportunidad de compensarla por la noche del baile y no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión.

—Nos vemos mañana por la noche —dijo mirando el reloj—. Te tengo que dejar —añadió levantándose y yendo hacia la puerta.

Una vez allí, se giró y le guiñó un ojo antes de desaparecer.

Al llegar a su suite, mientras buscaba el número de teléfono del cliente al que debía llamar, no podía dejar de pensar en Jean. Su querida amiga lo había perdonado e iban a salir a cenar.

! Su primera cita de verdad!

***

Jean no paraba de mirar el reloj.

Estaba muy nerviosa. Se había cambiado de ropa tres veces y, al final, había elegido un vestido por la rodilla en color azul marino que le favorecía mucho.

Al oír el timbre, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. ¡Estaba a punto de salir con su amor del colegio!

Hacía muchos años que no estaba tan nerviosa y tuvo que tomar aire tres veces antes de abrir la puerta.

Allí, se encontró con un Ry guapísimo enfundado en un traje gris. Todo en él irradiaba poder y confianza en sí mismo. Era rico, exitoso e increíblemente deseable. No podía dejar de mirarlo. Lo había deseado durante tantos años...

¿Puedo pasar?

Sus palabras la sacaron de su ensoñación.

Sí, sí, claro... —contestó echándose a un lado.

Ry entró y miró a su alrededor.

Qué casa tan bonita tienes —dijo admirando el salón con chimenea—. ¿La has decorado tú?

Sí, gracias. Fue por obligación porque entonces no me podía permitir contratar a un decorador.

¿Prefieres vivir en un piso que en una casa independiente?

Sí, de momento, sí. No tengo que ocuparme del jardín y esas cosas.

Jean se estaba poniendo cada vez más nerviosa. ¿Le estaría pasando a él lo mismo?

Como no me habías dicho dónde íbamos a cenar, no sabía qué ponerme

—confesó—. Espero que este vestido esté bien.

Los ojos grises de Ry brillaron como la plata mientras la miraba.

—Estás preciosa —sonrió tomándole la mano—. Tenemos mesa reservada a las siete. ¿Nos vamos?

La velada fue tal y como Jean esperaba o mejor. Ry sólo tenía ojos para ella, hablaron de, todo y se rieron mucho. Después de cenar, tomaron un café y salieron a caminar por el paseo marítimo.

Al darse cuenta de que ella tenía frío, Ry se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Jean sonrió y siguieron andando.

La chaqueta olía a él y Jean sintió un estremecimiento de anticipación. Su presencia la turbaba y la excitaba. Se sentía como en una nube. Su mejor sueño se había hecho realidad.

Ry Collier había resultado ser un adulto de lo más interesante. Era un hombre encantador, atento, que sabía hablar y escuchar. Además, la trataba como si fuera la única mujer en el mundo, como si fuera la persona más importante de su vida.

Jean se sentía especial.

Y, para colmo, irradiaba una energía sexual que no era posible ignorar. El deseo se había apoderado de ella con intensidad.

Ry aparcó frente a su casa y apagó el motor. Acompañó a Jean hasta la entrada y, tomando las llaves de sus manos, le abrió la puerta.

¿Quieres pasar a tomar un café? —balbució ella.

Sí, gracias —contestó Ry devolviéndole las llaves.

Jean preparó el café y lo llevó al salón, donde se acomodaron en el sofá. Ry le pasó el brazo por los hombros y la acercó a su cuerpo.

No sabes cuánto me alegro de que hayamos aclarado el pasado —le dijo—. Sin embargo, me temo que hablé demasiado y que te aburrí con mi historia del tren

—Se disculpó besándola en la frente—. Ayer conseguiste que desnudara mi alma. Creo que sería justo que tú lo hicieras hoy —sonrió burlón.

Jean comprendió que se lo decía en serio y se lanzó. Al fin y al cabo, su infancia también había sido horrible. Ry había compartido secretos de su vida con ella, así que debía corresponder.

Resulta que tenemos muchas cosas en común, aparte de haber ido al mismo colegio —dijo un tanto irónica.

— ¿Ah, sí? —dijo Ry.

El ambiente entre ellos era tan distendido, todo parecía tan natural... como había sido en el colegio. Sí, pero entonces su perfume no lo volvía loco como ahora ni tocarla le aceleraba el pulso.

Sí, además compartíamos un hogar espantoso —le contó Jean.

— ¿De verdad? —dijo Ry—. ¿Quieres hablar de ello o prefieres no hacerlo? Se me da bien escuchar, por si no te has dado cuenta —sonrió.

Jean sintió como si le pudiera confesar todos sus secretos.

No sé si lo sabías, pero mis padres murieron en un accidente de avión cuando yo tenía diez años. Vivía con mi abuela, una mujer dura y fría que había crecido en una granja con unos padres muy inflexibles e intransigentes. Por ejemplo, veían a la gente de ciudad como frívolos superficiales. Cuando volví a casa llorando después de haberme encontrado contigo en el supermercado, en lugar de consolarme me dijo: «Ya te lo dije. Más vale que aprendas. Tú no eres guapa y no debes soñar con ir a fiestas». Y, para colmo, el lunes oí a las animadoras riéndose. Esas mismas chicas se burlaban de mí porque estaba gorda y llevaba siempre ropa vieja. Ellas me hicieron creer, junto con mi abuela, que era fea y tonta y que me merecía lo que me había ocurrido. Me costó muchos años y mucho esfuerzo sobreponerme a todos aquellos complejos e inseguridades.

—Siento mucho haberte hecho pasar por eso.Es una pena que no compartiéramos entonces nuestros problemas. Nos habríamos podido ayudar mucho —dijo Ry abrazándola—. Conocerte fue lo único bueno que me pasó en el colegio.

Jean no pudo evitar reírse.

— ¿Me estás diciendo que ser delegado de clase y capitán del equipo de fútbol no te gustaba?

—Eso formaba parte de la fachada que me había construido para sobrevivir

—Contestó Ry besándola con ternura en la mejilla—. A pesar de haber tenido una vida dificil, eres una preciosidad tanto por fuera como por dentro —añadió sinceramente.

El sonrojo de la vergüenza, unido al calor del deseo, hizo que Jean se pusiera roja como un tomate.

Desde que lo había visto el día anterior, su vida había sido como una montaña rusa, pero parecía que el carricoche se había parado y estaba sana y salva. Bueno, tal vez, sana y salva no fueran las palabras más apropiadas.

Sentía una mezcla de miedo y aprensión.Tras su fracaso matrimonial y la horible relación que había tenido después con el que había creido el hombre perfecto,se había prometido no volver a entregar el corazón.

¿Qué posibilidades tenía de que Ry Collier, soltero empedernido

según él mismo había dicho, le entregara el suyo? ¿Saldrían bien parados de aquella semana en la que iban a estar rodeados de preparativos de boda?

Sintió pánico, miró el reloj que había sobre la chimenea y se levantó.

Se ha hecho tarde anunció—. Mañana es domingo, pero tengo que hacer un montón de cosas por la mañana, así que será mejor que nos despidamos

Me lo he pasado muy bien —dijo Ry abrazándola.

Jean volvió a sentir pánico. ¿La iba a besar de verdad? ¿Sólo porque ahora era guapa y delgada? ¿Habría hecho lo mismo si fuera la Sally Jean de hacía quince años?

Sin poderlo evitar, dio un paso atrás.

—Gracias por la cena —le dijo.

Ry la miró sorprendido, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión, como para que le quedara claro quién era Ryland Collier.

Jean pensó que no quería que se fuera nunca y, de hecho, le pasó los brazos por el cuello y le acarició el pelo. Todo en aquel hombre la excitaba sobremanera. No estaba preparada para tanta fuerza, pero le correspondió con la misma pasión.

Ry sintió un escalofrío de pies a cabeza que estuvo a punto de dejarlo inconsciente. Cuando se dio cuenta del impacto emocional que suponía aquel beso, sintió pánico. Era una mezcla extraña. Por una parte, la comodidad que le brindaba el hecho de que Jean fuera una vieja amiga y, por otra, la incendiaria tentación de que fuera una mujer fascinantemente sexy.

Ry no sabía qué hacer.

Dejó de besarla y la abrazó mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Se moría por irse a la cama con el impresionante Jean Summerfield, pero no quería arriesgarse a volver a perder a su Sally Jean.

Se sentía atrapado.

—Se está haciendo tarde —dijo por fin con voz ronca—. Te llamo mañana por la tarde. Recuerda que tenemos la cena con Susan y Bill el martes, la despedida de solteros el viernes, el ensayo final el sábado y la boda el domingo. A ver si podemos sacar tiempo para ir al cine y a cenar algún día. ¿Qué te parece mañana por la noche?

Jean contestó que sí intentando sonar tranquila, pero mucho se temía que no lo estaba consiguiendo.

Acompañó a Ry a la puerta y observó las luces de su coche perderse en la oscuridad. Al cerrar la puerta, se tocó los labios. Tenía el pulso acelerado y el corazón, desbocado. Ryland Collier era un hombre apasionado, pura dinamita.

Cerró los ojos y se apoyó en la puerta. ¿Qué le depararía el

futuro? ¿Se volverían a ver después de la boda de Susan y Bill?

De repente, se preguntó qué le habría pasado para, después de haber estado casado, se declarara un soltero empedernido.

¿Habría sido su matrimonio tan malo como el suyo? ¿Tenían algo más en común, aparte de una infancia desgraciada? Fuera así o no, no era suficiente para construir un futuro juntos.

Sacudió la cabeza y se dijo que no debía pensar en cosas tan serias sólo porque se hubieran besado una vez.

«Sólo ha sido una cena y un beso. Sólo eso», se dijo mientras subía las escaleras a su habitación.

Pero sabía que se estaba mintiendo a sí misma porque había sido mucho más. ¿No sería demasiado? ¿Estaba preparada para enfrentarse a ello?

Capítulo Tres

Jean entró en casa corriendo el domingo por la tarde y lo primero que hizo, antes de quitarse la cazadora, fue ir al contestador.

Se había demorado más de lo previsto en hacer unos recados y temía que Ry hubiera llamado en su ausencia.

Al ver que no había mensajes, se alegró. No había llamado todavía. Perfecto. ¿O no? ¿Y si eso quería decir que no la iba a llamar?

Mientras colgaba la cazadora en el perchero, pensó en lo que habían quedado. Ry no había dicho que fueran a ir al cine y a cenar ese día en concreto, la posibilidad había quedado en el aire, pero lo que sí había dicho era que la llamaría.

¿Le habría surgido alguna reunión de trabajo? Intentó no sentirse defraudada. Aquello era síntoma de lo mucho que la atraía Ry Collier de lo mucho que ansiaba verlo por otras razones que no fueran los preparativos de la boda de Susan y Bill.

Miró el reloj. Eran las dos y media y no había comido nada desde el desayuno. Cuando iba hacia la cocina, sonó el teléfono y, emocionada, corrió a contestar.

—Hola. He esperado para llamarte para que te diera tiempo de atender todos tus asuntos profesionales.

En cuanto oyó su voz, se apoderó de Jean una sensación de bienestar.

Has llamado justo en el momento oportuno —contestó—. Acabo de llegar hace un par de minutos.

— ¿Te apetece que quedemos para ir al cine y a cenar?

Sí, claro que sí —contestó Jean.

—Bien. Me paso a buscarte en un hora, entonces. ¿Te encargas tú de elegir la película y yo de reservar mesa?

Me parece bien. ¿Hay alguna que quieras ver en especial?

La que tú elijas, seguro que está fenomenal —contestó Ry—. Nos vemos luego.

Jean colgó el auricular y sonrió ante los planes que acababan de hacer. Llevaba todo el día pensando en él. Frunció el ceño y se preguntó si no se estaría ilusionando demasiado rápido.

Apartó aquel pensamiento de su mente y consultó la cartelera.

***

Después del cine, Jean y Ry fueron al restaurante que él había elegido, en el que entraron agarrados de la mano. La mesa que les dieron tenía unas preciosas vistas al río.

—Me ha gustado la película —comentó Jean encantada—. Hacía mucho que no me reía tanto.

—A mí, también —contestó Ry tomándole la mano y poniéndose serio—. Gracias por haber ido al cine conmigo. Me alegro mucho de que hayas podido hacer todos tus encargos por la mañana para tener la tarde libre.

Qué a gusto se sentía con ella. Le pasaba lo mismo que en el colegio, con ella podía ser tal y como él era en realidad. Debido a su condición de empresario, se veía obligado a ser prudente y diplomático y a lidiar a veces con situaciones deilicadas, pero con Jean, era Ry Collier.

Podía relajarse y pasárselo bien sin tener que impresionar a nadie ni tener que venderse como un preciado ejecutivo de altos vuelos.

Con las demás mujeres con las que había estado, nunca había llegado a ser completamente él mismo. Tenía que mantener una imagen.

Estar con Jean le ofrecía la oportunidad de escapar de esa rutina de dinero, poder y negocios y aquello le gustaba.

— ¿Qué te apetece tomar? —le preguntó hojeando la carta.

—No lo sé, todo tiene muy buena pinta —contestó Jean.

Ry pidió dos copas de vino mientras Jean consultaba su carta. La observó mientras lo hada... su rostro, su pelo, su boca.

Sí, era preciosa.

Le tomó la mano y sintió que había una conexión especial entre ellos.

—Voy a tomar ternera. ¿Y tú? —le dijo.

Jean dejó la carta sobre la mesa.

—Yo, también —contestó.

El camarero les llevó la bebida y les tomó la comanda.

Por una mujer encantadora con la que quiero pasar muchas noches —brindó Ry cuando se quedaron a solas.

Jean se sonrojó profusamente.

Gracias —dijo, preguntándose si estaba siendo sincero o sólo educado.

— ¿Qué te gusta hacer? —le preguntó Ry—. No vamos a estar toda la vicia saliendo sólo a cenar, ¿no? ¿Te gustan los conciertos? ¿El teatro? ¿Los museos? ¿Los acontecimientos deportivos? Tal vez algo al aire libre, montar a caballo, esquiar o caminar por el campo.

Desde luego, hay muchas posibilidades. Los acontecimientos deportivos no me interesan demasiado, la verdad, pero todo lo demás me encanta.

— ¿Alguna actividad en particular?

—Me gusta mucho la música, creo que conozco todos los

museos de la ciudad y me encantan las actividades al aire libre. Es una de las cosas que me más me gustan de Seattle, que tenemos mar y montaña.

Jean se sentía feliz. Ry parecía pendiente de todas y cada una de sus palabras. La hacía sentir como si lo que decía fuera de vital importancia para él. Parecía realmente interesado.

Mantenía la atención en ella, no hablaba de él. Nunca nadie la había hecho sentir tan especial.

Antes de abandonar el restaurante, se tomaron una copa mientras charlaban y anduvieron agarrados de la mano hasta el coche.

Gracias por otra velada encantadora. La película, la cena, todo ha sido genial

—dijo Jean disimulando un bostezo mientras Ry le abría la puerta.

— ¿Te aburres? —sonrió él.

—En absoluto —contestó Jean—, pero estoy un poco cansada. Mañana me tengo que levantar a las siete porque tengo una reunión con la plantilla, así que me parece que me voy a retirar ——añadió aunque, en realidad, hubiera preferido quedarse con él mucho más tiempo, posiblemente la noche entera.

Sus propios pensamientos la sorprendieron, aisí que se apresuró a desecharlos por las fuertes implicaciones que tenían.

Al llegar a su casa, Ry paró el motor, se giró hacia ella y consultó el reloj.

— ¿De verdad te quieres ir a dormir? —le preguntó—. No es tan tarde —añadió tomándole la mano.

Jean sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Tenía que romper el contactó físico si de verdad quería entrar en casa sola.

—Sí —contestó—. Hoy he madrugado mucho y mañana también me tengo que despertar muy pronto —añadió abriendo la puerta del coche dispuesta a bajarse.

—Bueno, al menos déjame que te acompañe hasta la puerta —dijo Ry bajándose también.

Como había hecho la noche anterior, le abrió con sus llaves. Dudó un momento, rezando para que Jean lo invitara a entrar, pero ella se limitó a guardarse las llaves y a meterse en casa sin decirle nada.

Ry sintió una gran decepción, la tomó entre sus brazos y la besó con tanta pasión que a Jean le quedó muy claro lo que buscaba. Le acarició el pelo y los hombros. Cuando Jean le pasó los brazos por el cuello, Ry sintió una profunda excitación.

Entraron ambos en casa de Jean sin dejar de besarse. Ry no se quería ir, no quería dejar de besarla ni de sentir aquella locura sexual que Jean le provocaba.

La respiración de ella se hizo tan entrecortada como la de él. La lógica y el sentido común le decían que tenía que parar aquello, pero su deseo le decía que ya era demasiado tarde.

Haciendo un tremendo esfuerzo, consiguió dejar de besarlo y se apartó un poco.

Por favor… —suplicó intentando respirar con normalidad—. Creo que deberías irte. Ry le acarició los labios con un dedo.

¿Estás segura? A mí me encantaría quedarme.

Jean dio otro paso atrás.

—Hoy, no.

Ry la tomó del brazo e intentó acercarla, pero ella se negó.

Por favor, Ry…

Está bien —suspiró Ry resignado—. Me voy, pero que conste que yo no quiero irme —añadió poniéndole las manos en los hombros —. ¿Cenamos mañana?

No puedo. Tengo cena con mi grupo de teatro.

—Eso quiere decir que no nos vamos a ver hasta el martes, que cenamos con Susan y Bill.

—Sí —intentó sonreír Jean.

Ry la tomó entre sus brazos y la besó con delicadeza en los labios.

—Nos vemos el martes por la noche.

Jean lo vio irse y se preguntó si se iba a arrepentir de la decisión que había tomado. Pasar la noche con Ryland Collier le llamaba poderosamente la atención, pero no resultaba práctico. No podía permitirse que las emociones le nublaran la razón.

Habían arreglado el pasado, pero en el presente eran poco más que dos desconocidos. Su relación actual estaba basada en el deseo, no en un verdadero conocimiento mutuo.

Tomó aire para relajarse. Estaba confundida. Apagó las luces y subió a su habitación. Allí, se desvistió y se metió en la cama… sola. Iba a pasar la noche así, sola. No era lo que quería, pero sabía que era lo mejor.

¿Se estaría engañando a sí misma?

***

—Ha sido una cena maravillosa —dijo Ry el martes por la noche tras cenar con Susan y con Bill.

—Sí, estaba todo buenísimo —apuntó Jean.

Bill se fijó en que Ry estaba muy cerca de la amiga de su prometida y de que le había pasado el brazo por lo hombros. Miró a Susan de manera significativa.

—Nos alegramos mucho de que os haya gustado —contestó—.

Hemos tenido dos semanas de locos, así que nos apetecía mucho cenar tranquilamente con dos buenos amigos.

Hablando de buenos amigos... —observó Susan—, parece que vosotros dos os lleváis de maravilla, ¿eh?

Por supuesto, nos conocemos hace años —contestó Ry viendo, la sorpresa reflejada en la cara de sus amigos—. Nos llevó un rato reconocernos, pero nos dimos cuenta de que habíamos ido al mismo colegio.Hibíamos perdido el contacto, pero lo estamos recuperando.

Susan se inclinó sobre la mesa y habló con Jean.

¿Por qué no me habías dicho que lo conocías? —le preguntó.

Se me habrá pasado —contestó Jean evitando su mirada.

—Ya me contarás. Quiero saberlo todo —insistió Susan exaltada.

Bill le pasó el brazo por los hombros a su prometida y la apretó contra sí.

—No te sientas mal, Ry tampoco me había dicho nada a mí.

Jean decidió darles una explicación sin entrar en demasiados detalles.

—No hay mucho que contar, la verdad. Ry estaba un curso por delante de mí y fuimos amigos un par de años. Cuando se fue a la universidad, perdimos el contacto.

Ry se dio cuenta de que Jean no quería hablar de aquello y se apresuró a cambiar de tema, para lo que alzó su copa para brindar por los futuros esposos.

Por vosotros, para que seáis muy felices. Susan y Bill se miraron con amor. Era obvio que se adoraban. Ry se preguntó qué se sentiría estando tan enamorado de una persona. Desde luego, si los matrimonios felices existían, sin ida Susan y Bill iban por buen camino.

Lo invadió una oleada de pesimismo. El matrimonio debía de funcionarles a muchos, pero, desde luego, no a él.

Abrazó a Jean. Necesitaba sentirla cerca. ¿Se estaba encariñando demasiado con ella? No lo sabía, pero la posibilidad lo puso nervioso.

Los cuatro disfrutaron de un exquisito café mientras charlaban. La velada había resultado agradable y distendida. Mientras llevaba a Jean a casa, intentó sacudirse aquella sensación de bienestar porque, aunque le gustaba, sabía que no podía durar.

Aquella noche, la acompañó hasta la puerta y pasó sin esperar a que Jean lo invitara.

—Nos lo hemos pasado bien, ¿verdad? —dijo.

—Sí, Susan y Bill son muy divertidos, hacen una pareja perfecta. Van a tener un matrimonio ideal —apuntó Jean sintiéndose feliz entre sus brazos.

Hacía sólo unos días que se habían vuelto a encontrar y habían aclarado el pasado. ¿Cómo esa posible que se sintiera tan a gusto con él en tan poco tiempo?

Ry le tomó el mentón y la besó en los labios. Tuvo que tomar aire para tranquilizarse pues se moría por hacerle el amor. Era lo que más deseaba en el mundo.

Jean... —dijo sin saber muy bien cómo seguir.

Siempre se le había dado bien seducir a una mujer con la que se quería acostar, pero con Jean era distinto porque aquella mujer era diferente. La besó con pasión y le desabrochó la blusa botón a botón hasta abrírsela por completo. Entonces, le besó el cuello y la tomó en brazos.

Al sentir el frescor de su, piel con el exterior, Jean abandonó sus ensoñaciones. La euforia se tomó pánico y, haciendo un gran esfuerzo, dejó de besarlo.

—Bájame —le dijo.

—Jean...

—Por favor... —insistió buscando sus ojos.

No tenía miedo de acostarse con él sino de las consecuencias emocionales que hacerlo podría tener para ella. Ry dudó, pero acabó dejándola en el suelo.

Jean se abrochó la blusa, nerviosa, y se peinó el pelo con las manos.

Me... me estás metiendo prisa, Ry —le dijo—. No estoy segura de si quiero dar este gran paso... —añadió tomando aire—. Todavía no estoy preparada. Por favor, dame tiempo.

Ry la tomó entre sus brazos y la arrulló.

—Perdona —se disculpó intentando calmarse—. Lo último que quiero es ponerte en una situación incómoda.

Lo sé —musitó Jean.

Continuaron abrazados varios minutos, sin hablar. Ry no sabía muy bien qué sentía en aquellos momentos. Por supuesto, decepción, pero también algo más intenso. Lo preocupaba lo que Jean sintiera, le importaba todo lo que tenía algo que ver con ella.

—Mañana por la noche tengo una reunión y no sé a qué hora voy a acabar. ¿Te parece bien que te llame cuando termine? —le preguntó.

—Muy bien —contestó Jean.

—Tengo dos entradas muy buenas para un concierto de jazz del jueves

—Añadió besándola con delicadeza en los labios—. ¿Te gustaría ir conmigo?

—Sí —sonrió Jean.

—Hablamos mañana por la noche —se despidió Ry.

Mientras conducía hacia el hotel, se dio cuenta de que estaba completamente confuso en aspectos que solía tener muy claros. Antes, le parecía, que una relación debía basarse sólo en d sexo, pero estaba empezando a dudarlo.

Debido a Jean, por supuesto.

Sally Jean Potter, su amiga del colegio, monopolizaba sus pensamientos convertida en Jean Summerfield de tal manera que no se lo podía creer.

Le daba verdadero pánico.

***

El miércoles por la noche, Ry abrió la puerta de su suite y saludó a su cliente.

—Me alegro de volver a verte, Matt —le dijo, indicándole que tomara asiento frente a la mesa en la que se iba a llevar a cabo la reunión.

Matt Jarvis abrió su maletín y sacó una carpeta.

—Es lo que te había contado, Ry, una empresa de fabricación de muebles con una serie de problemas que las demás del sector no tienen. Sabemos que tenemos que introducir serias reformas en el proceso de producción, pero no sabemos dónde exactamente, no sabemos por dónde empezar. Lo que más me preocupa es el departamento de personal. Es un lodazal de asuntos inconexos en el que no sé cómo entrar. Mi directora es buenísima y trabaja de forma muy eficiente con las herramientas que tiene, pero debe de haber otra manera más fácil de hacerlo. ¿Cómo quieres proceder el lunes por la mañana? —le preguntó a Ry.

—Yo creo que lo mejor será ir juntos de departamento en departamento para que me presentes a todo el mundo y les expliques para qué he ido. Me gustaría estar una semana observando el funcionamiento de cada departamento para ver cómo se relacionan entre sí y, para terminar., me gustaría pasar cierto tiempo en cada uno para estudiar su sistema de trabajo. Cuando finalice el mes, te presentaré un informe con las recomendaciones detalladas para mejorar la eficiencia de cada uno de ellos y un plan de reestructuración general de la empresa.

—Me parece bien —contestó Matt abriendo la carpeta—. Aquí tienes algunas de las cosas que más me preocupan —añadió entregando a Ry varias hojas de papel.

Ry y Matt estuvieron reunidos tres horas y, en cuanto su cliente se fue, lo primero que hizo Ry fue llamar a Jean.

No podía dejar de pensar en ella y, aunque pudiera verla aquella noche, al menos poder hablar con ella por teléfono.

—Hola —la saludó—. Espero no haberte despertado.Perdona

por llamarte tan tarde.

No, no me has despertado —contestó Jean—.Estaba viendo el informativo.

—Me gustaría haberte llamado más temprano, pero la reunión se ha prolongado más de lo previsto. Quería que quedáramos, pero.... Bueno, si quieres, estoy en tu casa en un rato —propuso.

Jean se rió.

—No, hoy no —contestó—. Estoy ya en pijama y, en cuanto termine de ver el informativo, me voy a dormir

—Sí, tienes razón, es muy tarde —dijo Ry decepcionado—. ¿Sigue en pie lo del concierto de jazz de mañana? Podría pasar a buscarte a las siete.

—Perfecto—contestó Jean—.Nos vemos mañana entonces.Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Ry.

Al colgar, se quedó pensando un rato. Quería compartirlo todo con ella. Quería ser parte de todo lo que ella hiciera. Era un sentimiento nuevo para él, algo que jamás había experimentado.
¿Y qué querría decir exactamente? No estaba seguro de querer saber la respuesta.

***

El jueves por la noche, después del concierto, se fueron a casa de Jean.

Ha sido un concierto impresionante —comentó Ry abriendo la puerta y entregándole las llaves—. Todavía me parece sentir la vibración en el aire.

Estoy completamente de acuerdo. Ha sido increíble —contestó Jeah—. Yo siento la música dentro —añadió muy contenta.

A pesar de su alegría, estaba preocupada por lo que podía suceder a continuación. Tras dudarlo un momento, se echó a un lado para que Ry entrara.

Llevaba media hora, todo el trayecto de vuelta a casa, preguntándose si iba a ser capaz de resistirse a aquel hombre al que tanto deseaba.

— ¿Quieres un café? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó él.

Jean entró en la cocina y Ry la siguió. En cuanto estuvieron allí, la abrazó.

En realidad, no quiero un café —dijo besándola con pasión.

En pocos segundos, le estaba acariciando la espalda y agarrándole las nalgas para apretarla contra su cuerpo.

El momento que tanto preocupaba a Jean había llegado. Sintió su erección y lo besó con igual fuerza. Se sintió imantada por su

masculinidad y se dio cuenta de que no iba a ser capaz de controlarse.

No sabía qué hacer. Quería hacer el amor con Ry, pero había algo dentro de sí que le decía que no debía hacerlo.

Por favor, Ry... me estás metiendo prisa.

No era mi intención —contestó Ry con la respiración entrecortada—. Es que te deseo tanto. Eres muy especial para mí. Me... —se interrumpió por miedo a decir algo más.

Ya había dicho suficiente.

—Lo siento, Jean, será mejor que me vaya— añadió.

Aunque estaba decidido a hacerlo, era lo que menos le apetecía en el mundo.

—Puede que sea lo mejor —contestó ella todabía entre sus brazos.

Jean no sabía cómo sentirse. No quería que se fuera, pero acabó ganando su miedo. Sabía que sentía por él algo muy especial y le daba miedo pensar en lo que podría pasar si se dejaba llevar por el deseo.

Entonces, se le ocurrió algo que la inquietó. ¿Y Ry? ¿Pensaría que estaba jugando con él? Debía aclararle que no era así. Lo miró a los ojos y él le acarició la mejilla dándose cuenta de que había algo que la preocupaba.

¿Te pasa algo, Jean? —le preguntó con ternura—. ¿Estás enfadada conmigo? Espero no haber hecho nada que te haya ofendido.

No, no estoy enfadada contigo —le aseguró Jean—. Lo que me preocupa es que puedas creer que... eh... —se interrumpió avergonzada y miró al suelo—. Me da miedo que pienses que te estoy dando pie a hacerte ilusiones para luego... En fin, que no quiero que creas que te estaba calentando.

Ry le puso un dedo sobre los labios.

—Nunca he pensado algo así ni lo haré. Sé que no eres así —le dijo abrazándola.

Transcurrieron unos minutos en silencio. Ry sentía alegría por un lado y ansiedad por otro. No sabía hacia dónde iba su relación, pero sabía que no podía seguir igual.

No quería que Jean desapareciera de su vida, pero, ¿qué estaba dispuesto a ofrecer para que se quedara con él? No sabía si hablarle del futuro porque no sabía si tenían posibilidades de compartirlo.

Unos minutos después, se fue, aunque quería quedarse. No le hubiera importado no hacer el amor con Jean, pero se había dado cuenta de que ella estaba muy inquieta porque la había puesto en una situación muy incómoda.

No debía volver a hacerlo. No era una mujer de embarcarse en una corta relación puramente sexual. Por mucho que la deseara, debía respetar sus decisiones. No quería una relación sólo física con Jean sino algo mucho más profundo e importante.

Sin embargo, no sabía todavía exactamente qué.

Pasó una noche intranquila, dando vueltas debatiéndose entre su temor a comprometerse y su miedo a perderla.

***

El sábado por la mañana, Ry recogió a Jean temprano y tomaron el ferry de Seattle a Bainbridge Island. Desde allí, fueron en coche a la Olympic Peninsula, dieron una vuelta por Port Angeles y comieron en el Olympic National Park.

Hacía un precioso día de otoño con el cielo y una luz muy bonita.

Pusieron un mantel en el suelo y sacaron la del picnic. Tomaron pollo frito, ensalada patatas y fruta.

Después de comer, Ry se sentó apoyado en gran piedra y Jean se colocó entre sus piercon la espalda pegada a él.

Ry tomó aire, sonrió y lo soltó sintiéndose tredamente contento.

Le pasó los brazos por encima de los hombros y resguardó sus manos en el calor de su piel — Todo en Jean era maravilloso y perfecto.

Aquella mujer era muy importante en su vida.

Jugueteó con su sujetador y se sorprendió al ver que se abrochaba en la parte delantera.Por supuesto, a los pocos minutos, ya lo había desabrochado y le había dejado los pechos al aire.

Le acarició los pezones erectos y sintió una punzada de deseo. Quería hacerle el amor allí mismo, en plena naturaleza, rodeados por pájaros y hojas mecidas por el viento; sin embargo recordó sus palabras sobre las prisas y dudó.

—Qué bueno estaba todo lo que has traído —le dijo—. Me he puesto las botas

—Añadió besándola en el cuello con ternura—. ¿Te he dejado suficiente?

—preguntó sin dejar de masajearle los pechos.

Jean respondió a su pregunta con una risa, y a sus caricias con un estremecimiento.

—Sí, me has dejado de sobra —contestó.

Elevó la mirada hacia el cielo. Los rayos del sol se colaban entre las copas de los árboles y dibujaban preciosas formas en el suelo cubierto de hojas. La felicidad que sentía era tan grande...

Las caricias de Ry le encantaban y quería más.

Esto es idílico. Sería maravilloso que pudiéramos quedarnos todo el día

—comentó pensando en cuánto le gustaría hacer el amor con él en aquel lugar.

Pero no había tiempo. Aquella noche tenían el ensayo de la

boda de Susan y Bill y tenían que irse.

Sí, sería maravilloso… —contestó Ry alargando un brazo hasta la cinturilla de sus vaqueros.

Al llegar a ese punto, dudó y acabó abrazándola de la cintura. En un rápido movimiento se giró y se colocó sobre ella.

La besó con impaciencia, igual que ella a él. Jean sintió que el cuerpo le temblaba de deseo, sobre todo cuando las manos de Ry fueron a parar a sus nalgas.

A regañadientes, tuvo que pararlo.

Ry —le dijo con la respiración entrecortada—, no es el sitio ni el momento adecuado.

¿Ah, no? —contestó él apoyándose en un codo.

A continuación, inclinó la cabeza y atrapó uno de sus pezones con la boca.

Jean ahogó una exclamación y el placer que invadió su cuerpo le dejó claro lo mucho que deseaba que Ry le hiciera el amor, pero las cosas habían llegado demasiado lejos. Tenían que controlarse.

—Tenemos que… parar. Tenemos que volver a Seattle para lo de esta noche.

Ry dejó ir su deliciosa presa y le besó el pecho.

—Sí, tienes razón —contestó sinceramente.

Jean se incorporó y se encontró perdida sin un contacto, así que se apresuró a atarse el sujetador y a ponerse bien la camisa.

Ry la abrazó y la besó con delicadeza en los labios.

—Gracias por pasar el día conmigo.

—Me lo he pasado muy bien —contestó ella—. La idea del picnic ha sido genial. Lo único malo es que tengamos tanta prisa por volver a la ciudad…—se interrumpió al darse cuenta de que sus palabras podían ser malinterpretadas—. Uy, no lo he dicho por eso. No he querido decir que no quiero ir al ensayo, ni mucho menos.

Ry se rió.

—Ya sé por qué lo decías y estoy plenamente de acuerdo. Yo también hubiera preferido quedarme aquí contigo —contestó volviéndola a besar con pasión.

Jean sintió que se estremecía de pies a cabeza. Siempre que la besaba le sucedía lo mismo. ¿Sería puro deseo o se estaría enamorando de él? No lo sabía, pero todas las posibilidades la asustaban.

—Nos tenemos que ir —dijo—. Si tenemos que esperar al siguiente ferry, vamos a llegar tarde.

—En marcha —contestó Ry.

—Como vamos un poco mal de tiempo, creo que lo mejor sería que me dejaras en mi casa y te fueras tú al ensayo directamente. Yo me reuniré contigo allí cuando esté cambiada —sugirió Jean mientras

metía las cosas en la cesta y Ry doblaba el mantel.

Acto seguido, Ry tomó la cesta y la metió en el maletero. Se subieroñ en el coche y pusieron rumbo a Seattle.

Mientras conducía, Ry le tomó la mano. No quería apartarse un solo momento de ella. Todavía le parecía sentir sus senos desnudos en las palmas. Sintió un escalofrío de aprensión porque la parte emocional de aquella ecuación lo desconcertaba. Ni necesitaba ni quería un noviazgo.

Aquella palabra significaba compromiso, que era lo que más miedo le daba en el mundo.

Miró a Jean, que había reclinado la cabeza y tenía los ojos cerrados.

— ¿Estás dormida?

Jean abrió los ojos y sonrió.

—No —contestó—, estaba pensando en todo lo que ha pasado esta semana, en cómo el destino nos ha vuelto a unir. Hace ocho días, jamás habría creído que una dolorosa experiencia de hace quince años pudiera convertirse en esto.

Al final, llegaron al muelle de Bainbridge Island a tiempo de tomar el ferry que tenían previsto. En cuanto dejaron el coche en la bodega, subieron a la cubierta y se situaron junto a la barandilla para admirar el paisaje.

Así estuvieron un buen rato. Sin hablar. Sobraban las palabras.

Finalmente, fue Ry quien rompió el silencio. —Gracias por pasar un día perfecto conmigo dijo con ternura.

La fría brisa jugó con los cabellos de Jean y le recordó que el otoño estaba a punto de terminar para dar paso al invierno.

—Ha sido un placer —contestó apretujándose contra él—. Me lo he pasado muy bien.

— ¿Tienes frío? —le preguntó Ry frotándole la espalda—. ¿Quieres que vaya a buscar un jersey?

—No, no hace falta, gracias —contestó Jean pensando que, mientras estuviera en sus brazos, estaba perfectamente.

Volvieron a quedarse en silencio, con el graznido de las gaviotas de fondo. Jean sintió una gran paz que le hizo experimentar una felicidad que no había conocido antes.

Y un segundo después se encontró con su boca.

La pasión de Ry la desbordaba y la hacía estremecerse de pies a cabeza. Desde luego, había mucha energía entre ellos. ¿Sería sólo un capricho?

Por mucho que se intentara convencer de ello, lo cierto era que había pasado hacía días del estadio de encaprichamiento. En su corazón, sospechaba que se estaba enamorando de Ry a pesar de todos sus esfuerzos para que no sucediera.

De nuevo, estaba entregando el corazón a pesar de que se había jurado no volverlo a hacer. Le bastaba con un fracaso matrimonial y una mala relación.

Dejó de pensar y se concentró en el júbilo que sentía.

Ry la abrazó con fuerza y siguió besándola. Las vibraciones del ferry sacudían su cuerpo mezcladas con el deseo más primitivo. Jean era la mujer que deseaba, era exactamente lo que quería, pero no quería comprometerse.

Sintió pánico y dejó de besarla. Mientras la abrazaba, deseó poder quedarse toda la vida así.

El anuncio de que estaban llegando a puerto lo sacó de sus ensoñaciones.

Jean no podía dejar de preguntarse qué iba a pasar después de la cena. Hasta entonces, había conseguido mantener a raya su deseo, pero no sabía cuánto tiempo más iba a conseguirlo.

Aquella tarde había sido una dura prueba, por ejemplo, y no se veía capaz de repetirla. De pronto, la incertidumbre desapareció y decidió que después de la cena...

Frunció el ceño. Hacer el amor con Ry significaba lanzarse por un sendero que podía conducirlos al amor o al desastre.

De repente, se sintió negativa, pero pronto se recuperó. Si se estaba enamorando de Ry...

¿Cómo «si»? Sabía perfectamente que ese grado ya estaba rebasado. Claro que se estaba enamorando de él, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

¿Se arrepentiría?

Capítulo Cuatro

Después del ensayo en la iglesia, cuando Jean y Ry llegaron al hotel, se encontraron a todo el mundo muy alegre.

Cuando se sentaron en las mesas que les correspondían y les sirvieron champán, Ry se levantó e hizo un brindis por los novios.

El champán corrió a lo largo de toda la cena al terminar, el ambiente era de lo más festivo.

Faltaban pocas horas para el gran día, la culminación de todos los preparativos. Al día siguiente por la tarde, tras haberse casado, Susan y Bill se irian de luna de miel a Paris.

Había sido una semana repleta de júbilo y amistad.

Susana había querido una boda grande y tradicional y Jean la había ayudado a organizarla.Lo había hecho encantada pues no había más que ver a su amiga con su prometido para darse cuenta de lo mucho que se querían y de los felices que iban a ser juntos.

Jean se preguntó con tristeza si ella experimentaría alguna vez ese tipo de amor. ¿Sabría algún día lo que se sentía al amar y ser corresndida? Sacudió la cabeza y apartó aquel pensamiento de su mente. No era momento de ponerse así. Había que divertirse.

—La mitad de los invitados ya se han ido —le dijo Ry al oído tomándola de la mano—. ¿Te parece bien que nos despidamos y nos vayamos? ¿Por qué no nos buscamos un sitio más tranquilo en el que tomarnos una copa... tú y yo solos?

No sé —dudó Jean.

A pesar de que había decidido hacer el amor con él, ahora que había llegado el momento el pánico le impedía seguir adelante.

Es tarde y los dos hemos tomado mucho champán —añadió—. De hecho, yo he bebido más de la cuenta, así que voy a dejar mi coche aquí y me voy a ir en taxi

—concluyó intentando no ceder al deseo.

Muy bien —contestó Ry mordisqueándole el lóbulo de la oreja —. Nos quedamos aquí y subimos a mi suite a tomarnos la última, ¿de acuerdo? —propuso.

Jean sintió una gran excitación. Había sido una semana estupenda, llena de buenos ratos y de química entre ellos. El deseo era tan obvio y tan intenso que acabó sucumbiendo.

—De acuerdo —sonrió.

Tras despedirse de Susan y de Bill, subieron a la habitación de Ry, donde Jean se quitó los zapatos y él se soltó la corbata y el primer botón de la camisa.

Ry puso música, tomó a Jean entre sus brazos y se dejaron

llevar por la música. La deseaba con todo su cuerpo. Le acarició los hombros y la apretó contra sí. Al instante, se le aceleró la respiración.

La besó en el cuello y acabó encontrándose sus labios. Sintió que el corazón le latía acemente. Con dedos temblorosos, le bajó la cremallera del vestido.

Jean estaba tan excitada que consiguió vencer sus miedos y temores. No tenía dudas de hacer el amor con Ryland Collier iba a ser experiencia especial, por lo menos un recuerdo maravilloso para el resto de su vida.

Ry le acarició la espalda desnuda haciéndola estremecer. Jean le quitó la corbata y comenzó a brocharle los botones de la camisa.

Mientras, Ry la besó con intensidad, prometiendole un mundo de pasión. Jean notó que se entrecortaba la respiración a medida que el sensual de Ry se apoderaba de ella.

Los dedos le temblaban tanto que sólo pudo desabrocharle dos botones. Dejó de oír la música que fue reemplazada por el tamborileo de sangre que se le agolpaba en las sienes.

Cuando Ry hizo que el vestido se deslizara por su cuerpo hasta caer al suelo, sintió un escalofrío de anticipación. Ry la tomó en brazos con suavidad y la depositó sobre la enorme cama de matrimonio.

Entonces, Ry se dio cuenta de que no había marcha atrás. No estaba seguro de si podría parar aunque quisiera. La boca de Jean, su pelo, su piel... todo en ella lo excitaba. Impaciente, se quitó la camisa y la tiró al suelo.

Miró a Jean, que estaba tumbada en la cama, con el pelo castaño esparcido sobre la almohada y luciendo única y exclusivamente unas braguitas y unas medias. Sus pechos pedían caricias a gritos.

El impacto emocional de lo que estaba a punto de suceder intentó apoderarse de su cerebro, pero Ry no lo permitió. Alargó el brazo y le acarició la mejilla, deslizó la mano por su cuello y llegó hasta uno de sus pechos.

En ese momento, Jean lo miró con tanto deseo que Ry pensó que no lo iba a poder soportar.

—Sally Jean, eres impresionante —susurró con voz grave.

Jean arqueó la espalda y Ry sintió su pezón erecto en la palma de la mano. Se apresuró a capturarlo entre los labios y se estremeció de pasión.

A Jean le pasó exactamente lo mismo. Echó la cabeza hacía atrás y acarició el torso desnudo. Sintió que la cabeza le daba vueltas y que no podía pensar con claridad.

Notaba la erección de Ry en el muslo y ya no podía más, así que mientras él jugueteaba con sus pezones, se quitó las medias y las

braguitas.

Ry quería ir despacio para disfrutar de cada preciado momento, pero la deseaba tanto que terminó de desnudarse tan rápido como ella.

La miró, los dos desnudos ya. Era preciosa. Le besó el cuello y le acarició los pechos para a continuación deslizar la lengua entre ellos. Tenía la respiración entrecortada y el pulso acelerado.

La besó en la boca con pasión mientras Jean buscaba su erección. Al encontrarla, la tomó en la mano y la acarició. Ry jadeó de placer y sus dedos encontraron el centro de su feminidad.

Sin dejar de besarse con fruición, los dedos de Ry se introdujeron en su cuerpo húmedo mientras Jean le acariciaba el miembro.

Arqueó las caderas. Quería más. Entonces, sintió unas deliciosas convulsiones por todo el cuerpo.

Ry se colocó entre sus piernas y Jean sintió que todo le daba vueltas. Debía de ser la mezcla la excitación, el champán y una velada llena amor, bodas y lunas de miel.

En algún lugar de su cerebro, una campana intentó dar la alarma, pero ella no se lo permitió. No quería que nada le estropeara aquel momento y los que estaban por llegar. Lo único que quería era a Ry Collier.

Ry quería prolongar los juegos eróticos, pero no podía más. Se moría por introducirse en su cuerpo y unirse a ella como si fueran uno. No había deseado nada con tanta intensidad en su vida.

La penetró con pasión y la sensación fue tan fuerte que se quedó sin aliento. Intentó establecer un ritmo lento y Jean se unió rápidamente a él para terminar cabalgando al galope juntos, como si fueran una pareja que se hubiera acostado en infinidad de ocasiones.

Jean lo abrazó y gritó de euforia mientras él alcanzaba el orgasmo. Se tensó unos segundos y los espasmos de placer recorrieron su cuerpo con una fuerza que le hizo comprender que aquella vez había sido la más intensa de su vida.

Tenía el pulso acelerado y la mente en blanco. Lo único que tenía claro era que estar con Jean era especial.

Poco a poco, recuperaron ambos la respiración. Ry le acarició el pelo y los hombros y sintió que estaba metido en un huracán de sentimientos. Aquello lo asustó.

Jean no se había sentido tan satisfecha en su vida. Todo lo que había soñado con Ry se había convertido en realidad. Sin cluda, era el amante menos egoísta que había tenido.

Cuando sintió sus dedos acariciándole los pezones, no pudo evitar gemir de placer. Ry la besó con pasión y poco después estaban haciendo resurgir de sus cenizas una pasión que no había hecho más

que comenzar.

Ry abrió los ojos y vio que eran las nueve. El sol entraba por la ventana. Era mucho más tarde de lo normal ya que él solía despertarse sobre las siete, pero aquella noche no habían dormido mucho.

Al pensar en la razón de ello, sintió un gran bienestar. Volvió a cerrar los ojos y recordó todos los detalles.

Había sido una noche maravillosa. Jean estaba en su cama, abrazada a él, durmiendo. Eran una sensación que le encantaba. No quería perderla, pero, ¿qué precio personal iba a tener que pagar? Sabía que iba a ser alto. Como minimo,iba a tener que comprometerse, que ofrecer una relación. ¿Era un precio demasiado alto?

¿La había seducido aprovechando que había bebido? ¿Había ignorado que ella le había dicho en un par de ocasiones que no quería prisas?

Habían hecho el amor con una intensidad hasta entonces desconocida para él, lo que lo había impactado sobremanera. Ry sabía que estaba más atado emocionalmente de lo que quería, mucho más de lo que lo había estado nunca.

Aquello le daba pánico.

Intentó olvidarse del miedo y regocijarse en la felicidad que le había dado acostarse con ella. Sin embargo, no lo consiguió. No quería lidiar con sus sentimientos. Tenía muy claro que una relación entre ellos jamás funcionaría porque a él sólo le interesaba comprometerse con su trabajo.

Tal vez, cuando hubiera conseguido tener veinte millones, podría plantearse otras cosas. En aquel momento, Jean se estiró a su lado y aquello reclamó su atención.

Jean se giró hacia él y sintió un profundo bienestar cuando Ry la abrazó de la cintura. Hacer el amor con él había sido lo más maravilloso del mundo. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que ya no tenía ninguna duda. Definitivamente, estaba enamorada de él.

Lo malo era que no sabía qué hacer.

Habían hecho el amor con urgencia, sin poder dejar de tocarse, descontrolados. Había sido tan explosivo que no se habían planteado en ningún momento qué pasaría por la mañana.

Pero ahora había llegado el momento de afrontar la situación. La felicidad dio pasó a los nervios. De repente, recordó que, con las prisas, no habían tomado precauciones. Jean sintió un escalofrío por la espalda, Ry no se había puesto preservativo.

Tomó aire para tranquilizarse.

«No pasa nada», se dijo. «Hay muy pocas posibilidades de que me haya quedado embarazada».

Se lo repitió varias veces, desesperada por creerlo así. Quería

creerlo. Necesitaba creerlo. Sintió pánico.

Embarazada. ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué haría? ¿Y Ry? ¿Qué pensaría?

— ¿Estás despierta? —le preguntó él.

—Sí —murmuró

¿Estas bien? ¿Te arrepientes de lo de anoche?

— ¿Arrepentirme? —Dijo Jean recordando lo maravillosa que había sido la noche.

—Claro que no —le aseguró.

¿Cómo se iba a arrepentirse de haber pasado la noche más impresionante de su vida? Sin embargo, se estremeció al pensar que de lo que sí se podría arrepentir era de no haber tenido más cuidado.

Ry la besó en la mejilla con ternura y apartó el brazo con el que la tenía agarrada. La instantánea sensación de pérdida que experimentó le dejó claro que lo que sentía por ella era muy fuerte.

Intentó hablar con neutralidad, para que no afloraran sus sentimientos.

—Es tarde —le dijo—. Son más de las nueve.

— ¿Las nueve? —exclamó Jean sorprendida.

—Tenemos la boda a las dos —le recordó Ry.

Jean se incorporó y se tapó con la sábana. Había detectado la frialdad con la que Ry le había hablado y aquello la hizo sentir fatal. ¿Eran imaginaciones suyas o era su forma de decirle que eso era todo entre ellos? ¿Sería que Ry tenía muy claro que no quería una relación con ella ni compartir el futuro como a ella le gustaría hacer? ¿Había vuelto a entregar su corazón a un hombre que lo iba a tratar como si fuera de usar y tirar?

Desesperada por que no se le notara lo que sentía en realidad, decidió actuar con la misma frialdad que él. Ya no era la adolescente de hacía quince años.Ahora ya sabía que no había sitio en la vida para las fantasías.

Se había embarcado en lo de la noche anterior completamente consciente de lo que hacía, no había sido porque estuviera bebida ni porque él la hubiera engañado. No se arrepentía pues había sido una noche maravillosa y estaba dispuesta a aceptar las consecuencias.

Le iba a demostrar a Ry que podía comportarse como si hubiera sido una cosa normal. Desde luego, no quería presionarlo.

—Sí, me voy a ir a casa —le dijo con naturalidad—. Debo de estar horrible. Tengo que darme prisa porque tengo que ir a la iglesia a ayudar a Susan —añadió mirando a su alrededor—. A ver dónde está ahora mi ropa.

Ry se apresuró a levantarte.

—Voy a por una bata del hotel —dijo notando el frío ambiente.

Sabía que no era por la temperatura casi invernal sino porque la

pasión de la noche se había tornado civismo por la mañana.

Lo que debían haber sido momentos para las caricias, los susurros y los besos se había convertido en tiempo para la educación. Podía intentar engañarse diciéndose que era sólo porque tenían prisa porque no faltaban muchas horas para la boda, pero sabía que había algo más.

—Voy a preparar café —dijo entregándole una bata y poniéndose él otra.

—No... —contestó Jean levantándose—. No me da tiempo, de verdad. Me tengo que ir a casa. Le he prometido a Susan estar a las doce en la iglesia para ayudarla a peinarse y a vestirse. No sé si me va a dar tiempo de arreglarme.

—Sí... eh... supongo que tienes razón —dijo Ry sintiendo cómo los nervios le retorcían el estómago.

Sabía que tenía que decir algo para que Jean no se sintiera mal por la noche que habían pasado juntos, tenía que asegurarle que para él había sido importante. Claro que lo había sido, pero precisamente por eso le daba miedo.

La observó mientras recogía su ropa y se metía en el baño. Tenía que aclarar sus ideas y pensar con lógica. Se preparó un café y deseó que la boda fuera otro día para tener tiempo para pensar.

Oyó la puerta del baño y a los pocos segundos Jean apareció en la sala de la suite donde él estaba. Estaba vestida y lista para irse.

—Si me esperas un momento, me visto y te acompaño al coche —le propuso.

—No, no hace falta —contestó ella.

— ¿Seguro? Sólo tardo un minuto.

—No, de verdad. Ya nos vemos en la iglesia insistió Jean girándose para irse.

—Jean...

No sabía qué decir. Se sentía como un tonto que se iban a ver en unas horas, no quería que se fuera así. Se puso nervioso y se preguntó qué había exactamente entre ellos.

.Estaba a punto de hacer lo mismo que había hecho hacía quince años? Estaba claro que Jean quería un compromiso por su parte y se lo merecía, pero Ry no se lo podía dar.

Aun así, no podía dejar que se fuera sin decirle algo. La abrazó y la apretó con fuerza contra su cuerpo. Jean apoyó la cabeza en su hombro y le pasó los brazos por la cintura.

— ¿Seguro que estás bien? —le preguntó Ry acariciándole el pelo.

—Sí, seguro —contestó Jean—. Estoy un poco estresada porque tengo un montón de cosas que hacer, eso es todo.

—Jean... —dijo Ry tomando aire—. Nos vemos en la iglesia —

añadió, arrepintiéndose de no ser capaz de expresar sus sentimientos en voz alta. Algo en su tono y en su rostro hizo que a Jean se le hiciera un nudo en la garganta. Era obvio que le iba a decir algo y que había cambiado de opinión. No había sido frío ni maleducado, pero definitivamente había trazado una línea de distanciamiento.

Jean salió de la suite y avanzó por el pasillo hacia el ascensor. Pocos minutos después, estaba en el coche de camino a su casa. Tenía que dejar de pensar en Ry y concentrarse en ayudar a Susan, pero primero tenía que arreglarse.

En cuanto llegó a casa, se duchó, se lavó el pelo y se puso los rulos. Sacó la ropa que se iba a poner y se maquilló sin perder de vista el reloj. Por muy ocupada que estaba, no podía dejar de pensar en Ry.

Una vez lista, se apresuró a ir a la iglesia donde llegó a la vez que Susan. Se pusieron manos a la obra de inmediato. Los nervios de su amiga y su intención de calmarla hicieron que se olvidara de su amante durante un tiempo, pero no podía dejar de pensar, aterrorizada, qué pasaría si se hubiera quedado embarazada.

Cuando llegó el momento de que comenzara la ceremonia, no había visto a Ry, pero era comprensible porque era el padrino de Bill y debía estar con él.

Estás preciosa —sonrió entregándole el ramo a Susan—. Eres la novia más guapa del mundo. Susan la abrazó.

No sé si me van a aguantar las piernas —le dijo—. Estoy tan nerviosa que me parece ridículo. ¡Con lo mayor que soy!

—No te preocupes, todo va a salir perfecto contestó Jean—. Ya está sonando la música—apuntó—. Ha llegado el momento.

Jean atusó el velo a su amiga y se puso en la fila para entrar en el templo. Mientras avanzaba por el pasillo detrás de Susana, vio a Ry vestido esmoquin y sintió que se quedaba sin aliento lo guapo y elegante que estaba.

Era el hombre de su vida.

No como Jerry Summerfield, su ex marido, al que había conocido en su tercer año de universidad. Entonces, se había creído enamorada de él porque era insegura debido a su apariencia física.

Él había sabido ganársela con palabras vacías, le había propuesto matrimonio y ella había aceptado encantada para encontrarse a los tres meses de casada sospechando que su marido la engañaba.

Terry la ignoraba y la trataba más como una asistenta que como una esposa. Al cabo de dos años, Jean había decidido dar por terminado aquel matrimonio y lo hizo la misma tarde en la que volvió a casa y se lo encontró en la cama con otra mujer.

A continuación, había sobrevivido a la traición de una relación que ella había creído que duraría para siempre. Desde entonces, se

había jurado no volverse a enamorar, pero había algo dentro de ella que ansiaba tener un marido y unos hijos.

Asistió a la ceremonia como desde otro mundo, un lugar en el que sólo se pensaba en Ryland Collier. Cuando el protagonista de su mundo la tomó del brazo para seguir a los ya marido y mujer fuera de la iglesia, la sacó de sus ensoñaciones. Jean estaba tan distraída que no se había dado cuenta de que la boda había terminado.

—Es curioso cómo cambian las tornas cuando las cosas se hacen oficial

—le dijo Ry al oído—. Ahora que están casados, Susan parece aliviada y Bill, nervioso —rió—. Se debe de estar dado cuenta de en lo que se ha metido.

¿Lo dices porque eres un soltero empedernido? —contestó ella decidiendo que no era el momento de tener aquella conversación.

Todos los invitados se dirigieron al hotel donde se iba a celebrar la comida y la fiesta. Todo el mundo estaba feliz y corrió el champán durante todo el día.

Ry le ofreció una copa y ella dudó, pero terminó aceptándola.

No se si debería. Anoche ya bebí suficiente —apuntó.

Ry frunció el ceño.

Entonces, te arrepientes de lo que pasó.

No, no he querido decir eso —contestó Jean.

Ry decidió no ahondar más en aquel tema que tanto lo aterraba.

Bien, entonces... vamos a bailar —sonrió.

Mientras bailaban, Ry pensó que debía encontrar un punto intermedio entre el compromiso total que tanto miedo le daba y la horrible posibilidad de perderla.

Cerró los ojos y la abrazó con fuerza. Tenía en los brazos lo que más deseaba en la vida ¿cómo podría conservarlo sin comprometerse?

No pudo evitar preguntarse qué pasaría despues de la fiesta, pero no dijo nada. Siguió bailando mientras dejaba que su mente se llenara de recuerdos de la noche anterior.

—Susan y Bill deben de estar a punto de irse al puerto —dijo Jean mirando la hora cuando terminó la canción—. Sí, efectivamente, porque todo el mundo está yendo ya hacia la puerta despedirse. Perdona, pero tengo que ir a ver si Susana necesita algo.

—Por supuesto —contestó Ry mirándola a los ojos—. Nos vemos luego. ¿Qué te parece si hacemos algo después de que los novios se hayan ido?

—No sé —dudó Jean—. Es tarde y estoy cansada. Luego hablamos

—concluyó buscando a su amiga.

Ry la observó alejarse y se dio cuenta de que no lo estaba haciendo bien.

La feliz pareja se fue después de que la novia tirara el ramo. Las flores fueron a parar directamente a las manos de Jean, como si Susan lo tuviera planeado.

Jean tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar a Ry y ver su reacción. No quería saber si era angustia en lugar de alegría.

Abrazó los flores y decidió ponerlas en agua en cuanto llegara a casa, aunque sabía que acabarían muriendo y desapareciendo.

¿Le pasaría lo mismo a su relación con Ry? Al verlo ir hacia ella, se dio cuenta de que no estaba de muy buen humor.

Ry vio las flores, pero no las mencionó porque le daba miedo lo que simbolizaban. De repente, se sintió como si las paredes se movieran hacia él y no pudiera salir.

Lo de salir… —dijo Jean nerviosa—… creo que será mejor dejarlo para otro día. Me voy a ir a casa.

Sí, a darle vueltas a la cabeza. Para empezar la aterrorizaba la posibilidad de haberse quedado embarazada por haberse dejado llevar por las prisas.

¿Seguro? —dijo Ry decepcionado.

Sí —contestó ella—. Estoy cansada y mañana tengo que trabajar. Quiero dormir bien —añadió sospechando que no iba a dormir mucho aquella noche tampoco.

—Ya veo. Te llamo mañana después del trabajo. Podríamos salir a cenar o algo.

—Muy bien. Hablamos mañana entonces.

Mientras la veía irse, Ry se sintió terriblemente solo. Le pareció que era una horrible premonición, como si fuera a desaparecer de su vida de nuevo.

Capítulo Cinco

Jean se sirvió un café y volvió a su mesa. Los lunes siempre tenía mucho trabajo. Como directora del departamento de personal en la empresa Jarvis Custom Furniture, tenía que entregar varios informes y tenía pendientes unas cuantas reclamaciones.

Una de ellas era de la aseguradora. No le gustaba tener que ocuparse de aquel tema, pero no quedaba más remedio. Era una de tantas labores que le habían caído del cielo. Había días en los que el departamento de personal parecía una casa de locos o algo parecido en la que nadie sabía muy bien qué tenía que hacer.

Había empezado a trabajar para Matt Jarvis cuando la empresa tenía sólo treinta empleados, pero en aquellos años había crecido tanto que en aquellos momentos tenían trescientos empleados de jornada completa y cincuenta de media jornada.

Lo que antes hacían Jean y una ayudante se había convertido en el departamento de personal, que contaba con seis empleados y una directora, que era ella. Además, la empresa tenía un departamento de contabilidad, otro de compras, varias secretarias y una recepcionista.

Aunque apreciaba que Matt confiara en ella, admitía que había veces que creía que abusaba de ella porque sabía que nunca le iba a decir que no a nada y que se encargaba de todos los asuntos que le daban sin rechistar.

Se sentó, probó el café y cerró los ojos. Había pasado una noche muy mala recordando los maravillosos momentos que había compartido con Ry en la cama la noche anterior y temiendo la distancia que había percibido en su voz, todo ello sazonado con la omnipresente preocupación de estar embarazada.

No saber lo que Ry sentía por ella la confundía. No sabía qué hacer o qué pensar.

—Jean, ¿tienes un momento?

La voz de Matt Jarvis la sacó de sus pensamientos. Lo miró y se dio cuenta de que Ry estaba a su lado. La sorpresa la dejó sin palabras y vio que él también la miraba estupefacto.

Jean sintió pánico. ¿Estaba allí por el proyecto de un mes del que le había hablado? ¿Lo había contratado su jefe para poner la empresa patas arriba? ¿Le iba a trastocar Ryland Collier no sólo su vida personal sino también la profesional?

Presintió que de aquello no iba a nacer nada bueno. Ya había habido otras personas que habían intentado controlar varios aspectos de su vida. Primero, su abuela, cuya forma ultrapuritana de ver la vida

había hecho que Jean no tuviera amigos en el colegio. Luego, su marido, que exigía mucho y no daba nada aunque ella trabajaba a jornada completa. Y, para terminar, su pareja de después del divorcio, un hombre que la había apartado completamente de sus amistades y la había convencido de que era por su bien.

Todos ellos habían intentado controlarle la vida y ella se había librado de todos y se había jurado que nunca permitiría que nadie se lo volviera a hacer.

¿Estaba Ry en posición de hacérselo? Jean tragó saliva e intentó controlar el miedo.

—Sí, claro —contestó—. Dime, Matt —añadió poco convencida.

—Te presento a Ry Collier —dijo su jefe—. Es un consultor que he contratado para que estudie nuestra producción y nuestros procedimientos para ver cómo podemos mejorar en cuanto a operaciones, eficiencia y recorte de gastos. Se va a quedar por aquí un mes. Esta semana, va a estar en todos los diferentes departamentos, y luego, va a pasar unos días en cada uno en concreto.

¿Por qué no le había dicho Ry que su cliente era Jarvis Custom Furniture? Si lo hubiera hecho, se podría haber preparado para su llegada. ¿Por eso había mostrado tanto interés en ella la semana pasada? ¿Para tener una aliada dentro de la empresa? ¿Se creía que podía hacer con ella lo que quisiera?

Tomó aire. Aquello era ridículo. No debía dejarse llevar por el pánico, así que intentó ocultar su nerviosismo. No quería que su jefe se diera cuenta de que su directora de recursos humanos estaba fuera de sí y, desde luego, no quería que Ry supiera cuánto la había afectado su desembarco en la empresa.

Muy bien —dijo preguntándose si debía decir que Ry y ella ya se conocían.

El no había dicho nada, así que decidió hacer lo mismo hasta saber cómo actuar exactamente. ¿Se estaría jugando el puesto? ¿Podría perder su empleo? Ry iba a tener que contestar a unas cuantas preguntas muy importantes.

—Ya conoces a todos los directores de departamento —le dijo Matt a Ry—. Si me disculpas, tengo una reunión. Te dejo en manos de Jean. Si necesitas algo, seguro que ella te lo consigue. Luego te veo.

Ry le estrechó la mano y se despidió. —Gracias.

Jean esperó a que Matt hubiera desaparecido para ir a por Ry.

¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que éste era el proyecto de un mes que te había traído a Seattle?

Ry la miró confuso.

—Para empezar, porque no me lo has preguntado —contestó—. Nunca me dijiste que trabajaras para Jarvis Custom Furniture. Pero en cualquier caso, ¿qué más da? Éste es mi trabajo, me gano así la vida y

te aseguro que soy bueno. No creas que voy a entrar aquí como un elefante en una cacharrería. Prometo trataros a todos con respeto y justicia. Lo único que te pido es que nuestra relación personal se quede fuera de la profesional. No quiero que la gente pueda penque me influye el hecho de que nos conozcamos.

Jean sintió pánico. Aquel que hablaba parecía un hombre única y exclusivamente interesado en el trabajo. ¿Por eso, quizá, era un soltero empedernido? ¿Sería porque no quería en su vida que lo distrajera del trabajo?

Jugueteó nerviosa con su taza de café.

—Estoy de acuerdo. Yo también prefiero que nadie sepa lo que hay entre nosotros. Ni siquiera Matt —le dijo.

—Bien —dijo Ry sentándose en su mesa y acariciándole la mano—. Antes de ponerme a trabajar quiero preguntarte una cosa. ¿Te parece bien que te recoja a las siete en tu casa y nos vayanonos a cenar? ¿Te gusta la comida italiana?

En cuanto Jean notó su mano, todos los miedos y las preocupaciones desaparecieron.

—A las siete me parece perfecto y la comida italiana me encanta —contestó con un hilo de voz.

Bien. Ahora, perdona, pero me voy a poner manos a la obra. Luego nos vemos.

Jean lo vio salir de su despacho y se puso nerviosa. Intentó controlarse mientras reunía a su departamento y le contaba quién era Ry y lo que Iba a hacer.

Durante el día, lo vio un par de veces más, pero siempre por motivos de trabajo. Comió en el comedor de empleados, pero se sentó solo y tomó notas durante toda la comida. Estaba absorbido por el trabajo. ¿Era aquel el verdadero Ry Collier, el hombre que controlaba todo lo que lo rodeaba?

A media tarde, Ry se refugió en el despacho que Matt le había proporcionado para aquel mes y consultó sus notas.

Su cliente tenía razón. Aquella empresa necesitaba una reestructuración. Según lo que había visto, había crecido muchísimo de repente y no estaba preparada para asumir tanto trabajo.

Sin poder evitarlo, se puso a pensar en la cena de aquella noche, en estar con Jean. ¡Cuántas veces había deseado a lo largo de aquel día abrazarla y besarla! Pero no podía ser. Debían mantener al margen su relación personal.

No sabía si estar todo el día cerca de ella sin poder tocarla iba a ser fácil de llevar, y la duda lo confundía.

Miró la hora, recogió sus notas y las metió en el maletín para volver al hotel.Había sido un primer día de trabajo muy fructífero, pero en cuanto llegó a su habitación dejó de pensar en el trabajo.

Se puso unos vaqueros y un jersey mientras pensaba lo mucho que le apetecía cenar en un lugar tranquilo con Jean. El hecho de que trabajara en la empresa que lo había contratado no iba a influir en su velada.

Al fin y al cabo, era sólo un contrato temporal que no tenía nada que ver con ellos personalmente.

Cerró los ojos y se imaginó un restaurante italiano pequeño y tranquilo, una cena a la luz de velas y una sobremesa en casa de Jean con una copa frente a la chimenea. Los dos solos, concentrados el uno en el otro y ajenos al mundo exterior.

Lo que más deseaba era volver a abrazarla. Ciertos pensamientos sobre el futuro y sobre lo que iba a ser de ellos intentaron abrirse paso en su cerebro, pero los apartó a toda velocidad y decidió que debía disfrutar del presente.

Sintió un escalofrío por la espalda que no supo interpretar con claridad. Sus sentimientos se habían mezclado con sus deseos en algún momento y ya no sabía cómo separarlos.

Sacudió la cabeza. Tenía todavía un par de horas hasta tener que ir a buscarla y las tenía que aprovechar para organizar las notas que había tomado aquel día.

Cerca de las siete, guardó todo y se dirigió a casa de Jean. Al llegar, llamó al timbre y se dio cuenta *de* que se moría por verla. Una noche entera para ellos dos.

Jean abrió la puerta y, en cuanto lo vio, sus preocupaciones se disiparon. Había estado pensando sobre su relación personal y profesional con Ry, pero en cuanto lo vio todo aquello dejó tener importancia.

Ry entró, la abrazó y cerró la puerta con el pie. Sus labios se encontraron y Jean se dio cuenta de que sus besos hablaban de pasión y de algo más que no pudo reconocer. Le pasó los brazos por el cuello y lo besó con la misma fuerza.

Cuando sus lenguas se encontraron, sintió que perdía el control y los recuerdos de la noche que habían compartido se apoderaron de su cerebro. Se derritió contra su cuerpo y Ry le acarició los hombros.

Jean le pasó los dedos por el pelo y decidió que le iba a dar todo lo que él quisiera. Cuando, estaba planteándose acostarse con él en lugar de ir a cenar, el pánico hizo acto de presencia.

—Ry... —dijo dejando de besarlo.

Tenía que ser fuerte. Tenía que sobreponerse a la energía que había entre ellos. Lo amaba pero no sabía qué sentía él por ella.

Ry tomó aliento.

—Tienes razón —dijo entendiéndola a la perfección—. Si queremos ir a cenar, nos tenemos que ir. ¿Lista?

—Sí —sonrió Jean intentando disimular su nerviosismo—.

¡Tengo hambre!

Fueron a un restaurante italiano situado en Pioneer Square, en el barrio histórico de la ciudad. El local era pequeño y acogedor y el brillo de las velas lo convertía en un lugar de lo más romántico.

—Bien... —dijo Jean todavía nerviosa—. ¿Qué tal tu primer día de trabajo?

Ry le tomó la mano.

—No perdamos el tiempo hablando de trabajo —contestó besándosela—. Estás preciosa. Esa blusa te favorece muchísimo.

—Gracias —dijo Jean encantada por el beso y el cumplido, pero fastidiada porque no hubiera contestado a su pregunta.

Quería una respuesta, pero no se le ocurría cómo obtenerla sin que pareciera que estaba metiendo las narices donde no debía. Sospechaba que no podía compartir con ella sus observaciones, pero sabía que sus recomendaciones finales iban a afectar a su trabajo. Si su informe final advertía que su departamento era caótico, las consecuencias podían ser desastrosas.

Estás muy callada —advirtió Ry—. ¿Te pasa algo?

No, estaba mirando la carta —mintió Jean—. Seguro que todo está riquísimo. Tengo hambre, no sé qué pedir —añadió mirándolo a los ojos—. ¿Qué te parece a ti que tiene buena pinta?

Ry sonrió divertido y le apretó la mano.

—A mí, lo que más me gusta es la persona que está sentada frente a mí —contestó.

Jean se sonrojó de pies a cabeza.

Cuando, por fin, hicieron la comanda, Ry se entretuvo comiendo pan y mirándola.

¿Te apetece ir al cine mañana? —propuso—. ¿O prefieres que pidamos comida y nos quedemos viendo una peli y durmiendo en tu casa?

Jean sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Era puro deseo y le hizo perder el control.

—El segundo plan me parece perfecto —contestó.

¿Qué película te apetece? —preguntó Ry acariciándole la mejilla.

La que tú quieras, seguro que me gusta —contestó Jean con un hilo de voz.

Cenaron con lentitud, disfrutando de la comida, que resultó deliciosa. Después de cena: fueron andando a un Jocal de jazz, donde asitieron a un pequeñoconcierto. Para cuando volvieron a casa de Jean, eran casi las doce.

A Jean le apetecía mucho invitarlo a pasar pero sabía que, si lo hacía, iban a terminar en la cama. No era que se arrepintiera de haberse acostado con él. Al contrario. Siempre guardaría un recuerdo

maravilloso de aquella noche pero el hecho de no saber qué sentía él por ella y la preocupación de no haber tomado precauciones la tenían perdida. No sabía qué hacer.

Ha sido una noche estupenda. Gracias por la cena le dijo dándose cuenta de su sorpresa

De nada —contestó Ry visiblemente decepcionado—. Hasta mañana

—añadió besándola.

*Ry v*olvió a montarse en el coche y volvió a su hotel. Pensamientos desconcertantes lo acompañaron. Tenía la impresión de que Jean estaba molesta por algo, pero se lo había preguntado y se lo había negado.

¿Serían imaginaciones suyas? ¿Sería que se estaba inventando una situación que no existía porque estaba enamorado de ella?

Al llegar a su suite, vio que tenía dos mensajes. Uno era de su empresa en Chicago y el otro lo hizo estremecerse porque era de Marjorie, su ex mujer.

Habían estado casados sólo dos meses y llevaban divorciados casi diez años. Su matrimonio había sido la experiencia más horrible de su vida ya que Marjorie había conseguido llevarlo al altar mintiéndole, diciéndole que estaba embarazada. Cuando lo descubrió, Ry dijo que se quería divorciar y ella intentó arruinarlo. Por suerte, en el juicio se demostró cómo era Marjorie y el juez no le concedió nada, ni siquiera una pensión de manutención.

Apretó los dientes y se preguntó qué querría él después de tanto tiempo. ¿Y cómo había conseguido dar con él? Desde luego, Ry no quería hablar con ella, así que decidido no devolverle la llamada.

Borró los mensajes y llamó a Chicago. Había problema con un cliente y tenía que ir cuanto antes. Ry tomó la agenda.

—Podría ir para allá el jueves cuando salga de trabajar —dijo hablando con su directora de proyectos—, hacerme cargo del problema el viernes y volver ese mismo día o el sábado como muy tarde —apuntó—. Convoca una reunión a las diez y llama a mi abogado para que me esté esperando en mi despacho a las ocho.

— ¿Quieres que te vaya a buscar al aeropuerto?

No, gracias, no hace falta. Ya iré en taxi.

Nada más colgar, sacó las notas que había tomado aquel día y avanzó en su trabajo. Debido a aquel imprevisto, tenía que hacer el trabajo que tenía previsto para cinco días en solo cuatro. Al cabo de un rato, sonó el teléfono y contestó molesto por la interrupción.

— ¿Sí?

—Hola, Ry, cariño.

Al oír aquella voz acaramelada, sintió como si viera clavando las uñas en una pizarra. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo y

se preparó para lo peor.

— ¿Qué quieres, Marjorie? —le espetó.

—Sólo hablar contigo, saber qué tal estás. Estoy preocupada por tí Ry. Trabajas demasiado. Aunque estemos divorciados, un gran error por cierto, te sigo queriendo.

—Basta ya, Marjorie —le dijo Ry indignado—. Tú nunca has querido a nadie más que a tí misma. No sé qué quieres, pero no me interesa. ¿Cómo has dado conmigo?

Llamando a tu empresa en Chicago. Allí me dijeron que estabas en Seattle. No he tenido más que llamar a los mejores de la ciudad.

¿Y qué quieres?

—Verte —contestó su ex mujer—. Podríamos cenar y hablar de nuestro futuro, cariño.

No me llames cariño —explotó Ry—. Y nosotros no tenemos ningún futuro en común ni nada de lo que hablar, así que olvídate de lo de la cena añadió colgándole el teléfono.

El rencor se había apoderado de él. Tomó aire varias veces para intentar calmarse. Lo cierto era que no había podido dejar atrás la pesadilla de su matrimonio. No era la primera vez que se preguntaba si aquello no habría marcado sus relaciones posteriores.

Entonces, pensó en Jean. ¿Le daba miedo lo que sentía por ella por culpa de su desastrosa experiencia anterior? No podía dejar de pensar en ella.

Miró la carpeta que tenía sobre la mesa y suspiró. Sabía que no iba a poder seguir trabajando. Su cerebro sólo se concentraba en Jean, se metió en la cama, pero le costó conciliar el sueño.

No podía parar de pensar en la relación que tenía con ella, en el futuro que tenían juntos y hacía dónde iban.

***

Jean se pintó los labios, se puso la cazadora y fue a trabajar.

Suponía que Ry iba a llegar pronto para estar allí cuando llegaran los demás y poder observar sus conductas a primera hora de la mañana, pero no fue así. No había ni rastro de él, así que se centró en su trabajo.

Ry llegó una hora después, saludó a todo el mundo educadamente y se puso a trabajar. Jean intentó tenerlo vigilado disimuladamente. El día se le hizo interminable. No paraba de mirar la hora. Hasta que llegaron las cinco y se fué a casa corriendo.

Puso la mesa y, al poco rato, llamaron a la puerta. Con el corazón en un puño y el pulso acelerado, corrió a abrir.

Ry entró, dejó una bolsa de comida y una película en la mesita de la entrada y la tomó entre sus brazos. La besó con toda la pasión que llevaba acumulada de todo el día cerca de ella sin poder tocarla.

Se moría por llevarla al dormitorio y hacerle el amor, pero sabía que tenía que tener cuidado. No quería meterle prisas ni que pensara que lo único que quería de ella era sexo.

—Llevo todo el día pensando en este momento —le dijo sinceramente.

Vamos a cerrar la puerta antes de que la gente se ponga a aplaudirnos —bromeó Jean cerrando.

Ry tomó la comida y la› película.

No sabía qué traer. Al final, he comprado sándwiches de pavo y una macedonia —le dijo sacando el contenido de la bolsa en la cocina —. No he podido resistir la tentación de traer también vino blanco y un postre muy rico. ¿Te parece bien que encienda la chimenea?

La velada tomó rápidamente unos derroteros de lo más sensuales. Cenaron y hablaron de todo un poco y, luego, se fueron al salón a ver la película.

¿Qué has alquilado?

Un clásico —contestó Ry—. *Charade,* de Can Grant y Audrey Hepburn.

Jean sonrió encantada.

Me encanta esa película. Es una de mis favoritas.

Tras verla, se sentaron en el suelo frente a la chimenea y se tomaron otra copa de vino. Ry le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí. Se tomaron el vino en silencio, observando las llamas y sintiéndose muy cerca el uno del otro.

Aquella noche estaba hecha para el amor. Para Jean, amor quería decir sentimiento y sexo, pero no tenía ni idea de lo que quería decir para Ry.

Cuando él le metió la mano por el jersey, dejó de pensar y cuando le desabrochó el sujetador estuvo a punto de dejar de respirar. De hecho, no pudo evitar un gemido de placer.

Ry la besó lentamente, deleitándose en su boca.Aquella era la mujer que deseaba. Le acarició los pechos y jugó con sus pezones mientras la besaba cada vez con más pasión. Quería más... lo quería todo... quería a Jean Summerfield en cuerpo y alma.

Le quitó la camisa y el sujetador y la abrazó con fuerza. Se quitó la camiseta y sintió sus pechos desnudos contra su torso. Le acarició los hombros y la espalda.

No tardaron mucho en quitarse toda la ropa tirarla por ahí. Ry admiró los dibujos del fuego sobre su piel y la deseó más que nunca, pero se forzó a respirar con calma.

Estar con ella lo hacía sentirse feliz. La besó en el cuello y acabó dejando una estela de saliva por sus pechos y sus pezones que se deslizó basta su entrepierna.

Jean sintió un escalofrío por todo el cuerpo al apreciar la

respiración de Ry en la parte interna de los muslos. Cuando su lengua tocó su punto más sensible, sintió que el éxtasis la embargaba.

Echó la cabeza hacia atrás y le acarició el pelo entras lo dejaba hacer. Tomó aire varias veces. Quería tocarlo... necesitaba hacerlo...

Ry la besó varias veces por la tripa y subió basta sus pechos y su cuello. Entonces, Jean buscó su erección y, al encontrarla, la acarició hasta hacerlo jadear.

La pasión era desbordante, pero Jean se recordó que aquella vez no podían cometer el mismo error que la anterior. Tenían que tomar precauciones.

No le dio tiempo a decir nada. Como si le hubiera leído el pensamiento, Ry sacó un preservativo del bolsillo de sus raqueros, se lo puso, se tumbó de espaldas y la colocó a horcajadas sobre él.

Sus ojos se habían tornado del color del humo por la pasión. La miró y la tomó de la cintura para ponerla sobre su erección.

Al hacerlo, Ry cerró los ojos y se deleitó en las increíbles sensaciones que le provocó encontrarse con su sexo húmedo y ardiente. La primera vez que habían hecho el amor había sido incendiaria y ésta parecía más... más sensual. más excitante, más vital y mucho más importante.

Había algo que no pudo identificar que lo dejaba sin aliento.

La tomó de las caderas y junto alcanzaron un ritmo maravilloso que hizo que Jean sintiera en poco tiempo una deliciosa oleada de convulsiones por todo el cuerpo que terminaron con ella echada sobre su pecho.

Tuvo que tomar aire varias veces para volver a respirar con normalidad.

Ry comprendió que él también estaba a punto de seguirla. Quería que aquello durara para siempre, pero no podía ser. Se colocó sobre ella y la embistió por última vez abrazándola con fuerza.

Sintió los espasmos de éxtasis y hundió el rostro entre su pelo. Le acarició los hombros mientras intentaba recuperar el aliento.

Nunca antes se había sentido tan cerca de una mujer como con Jean. Flirteó con la palabra amor, pero no era capaz de reconocérselo. Sabía lo que quería, pero tenía miedo de lo que tendría que entregar a cambio. La abrazó con fuerza con la esperanza de que el contacto le diera la fuerza emocional que necesitaba. No quería soltarla.

Capítulo Seis

Ry se despertó cuando Jean se movió. Miró el reloj y vio que eran casi las seis de la mañana.

La abrazó y le acarició los pechos. Había sido una maravillosa noche de amor que le había llegado al alma, pero que le había dado todavía más miedo del que ya tenía.

— ¿Estás despierta? —le dijo al oído besándola en la mejilla.

—Hmm... —Contestó Jean acariciándole la mano—. Sí, estoy despierta.

—No me apetece nada romper este momento tan perfecto, pero son las seis y me tengo que ir al hotel para cambiarme e irme a trabajar.

—Tienes razón, es un momento perfecto —apuntó Jean.

Era estupendo despertarse con Ry a su lado. Quería que fuera así siempre, para toda la vida. ¿Estaría pidiendo demasiado?

Al pensar en el trabajo, sintió un escalofrío. ¿Qué recomendaciones acabaría haciendo Ry sobre su departamento y sobre su trabajo? La primera vez que había intentando sacar el tema, no había tenido éxito, pero tal vez ahora...

—Hablando de trabajo —dijo acariciándole la entrepierna—, ¿va todo bien? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Bueno... —contestó Ry chasqueando con la lengua—, lo primero que puedes hacer para ayudarme es dejar de jugar conmigo a no ser que creas que tenemos tiempo de terminar antes de irnos los a trabajar lo que estás a punto de comenzar añadió deslizando la mano hasta los rizos de su entrepierna.

Jean sintió un estremecimiento de placer al notar sus dedos dentro de su cuerpo.

—Si tú tienes tiempo, te aseguro que yo también —añadió Ry.

—Tu oferta es muy tentadora —contestó Jean con la respiración entrecortada—, pero me temo que tenemos que ir a trabajar. Verás, es que han contratado en la empresa a un experto en evaluar la eficacia para que vea cómo trabajamos, sabes? Eso quiere decir que tengo que llegar a la hora bromeó.

Ry la abrazó y suspiró.

—Tienes razón. No es el momento —dijo apartando las sábanas y levantándose—. Ahora vuelvo. Voy a buscar mi ropa al salón —añadió bajando las escaleras.

Jean se levantó y se puso la bata. Lo había vuelto a hacer. Ry había vuelto a esquivar la pregunta sobre cómo iban sus informes. En el fondo, Jean lo entendía porque debía de ser información

confidencial, pero emocionalmente la incomodaba que no la compartiera con ella.

Se fijó en el paquete de preservativos. Era obvio que Ry había previsto que se iban a acostar y había ido preparado. Recordó la primera vez que habían hecho el amor y sintió pánico al pensar que en aquella ocasión no habían tomado precauciones.

Se dijo que no pasaba nada, que era imposible que estuviera embarazada, pero le costaba creerlo.

Sabía que no servía de nada agobiarse, pero no podía evitarlo. La respuesta final la tendría en una semana, cuando tenía que tener el período. Tomó aire para calmarse. Aquella tortura mental era ridícula. Estaba dejando que los miedos la atenazaran y no podía ser.

Cuando Ry volvió a la habitación, llevaba puestos los calzoncillos y los vaqueros y llevaba la camiseta, los calcetines y los zapatos en la mano. Dejó todo sobre la cama y abrazó a Jean.

Ella le devolvió el abrazo y así estuvieron durante varios minutos, en silencio.

Me tengo que duchar —dijo Jean al final.

Si no fuera la hora que es, te propondría que ahorráramos agua duchándonos juntos, pero me temo que, al final, íbamos a llegar los dos tarde al trabajo.

Tienes razón —rió Jean.

Ry suspiró y la soltó. Tras vestirse, la besó con dulzura y se despidió de ella.

—Me voy —le dijo—. Luego nos vemos.

Jean lo acompañó a la puerta y lo vio irse. Cerró la puerta y subió al baño. Pocos minutos después, estaba bajo el chorro de la ducha.

Lo quería... lo quería muchísimo. ¿Qué ocurriría si estuviera embarazada? ¿Cómo se lo tomaría Ry? Jean se moría por tener una familia. pero no quería que fuera así.

Sintió un escalofrío por la espalda. Nunca se había sentido tan feliz y tan asustada a la vez.

***

Ray miró el reloj que había en la mesilla de Jean.

—Perdona que me tenga que ir tan pronto, pero mañana tengo un montón de trabajo —le dijo besándola y levantándose.

Cada vez se le hacía más difícil estar en la misma empresa que ella y no poder tocarla, pero cuando el horario laboral se terminaba...! Todo cambiaba!

Cada día le costaba más irse de su casa y no podía parar de pensar en ella. Hasta soñaba con ella. Con todo, tenía miedo de lo que les podía deparar el futuro.

En cuanto llegó a su hotel, se puso a trabajar.El viaje a Chicago que tenía que emprender al día siguiente lo forzaba a adelantar el trabajo de Jarvis Furniture. Tenía que trabajar más horas, pero eso nunca había sido un problema para él. En ese momento, sonó el teléfono.

— ¿Sí? —contestó.

—Hola, cariño, llevo toda la noche llamándote. Menos mal que ya has vuelto.

Ry suspiró exasperado.

— ¿Qué quieres ahora, Marjorie? Sé breve, por favor, estoy muy ocupado.

—Quiero verte, Ry. Ya sabes, tomarnos una copa y charlar un rato. Quiero que nos volvamos a conocer.

—Yo ya te conozco muy bien y no me interesa——contestó Ry colgando el auricular.

¿Qué se creía aquella mujer, que podía aparecer en su vida después de tanto tiempo y de lo que le había hecho? Ry tomó aire para tranquiLzarse y se concentró en el trabajo.

Al cabo de un rato, llamaron a la puerta y se levantó para abrir. Cuando vio que era Marjorie, se quedó de piedra, pero no tardó mucho en recobrar la compostura.

¿Qué demonios haces aquí? —le espetó sin invitarla a entrar.

Pero bueno, Ry... —dijo ella colándose en la habitación y cerrando la puerta—. ¿Qué manera es esa de hablarle a tu mujer?

Ex mujer, Marjorie, ex mujer —la corrigió el con rabia—. Me dijiste que estabas embarazada y me casé contigo aunque no te quería. Más tarde, me enteré de que no estabas embarazada y nunca lo habías estado. Me mentiste y me manipulaste. No hay nada que puedas hacer o decir que me interese, así que vete y déjame en paz. No quiero verte y no quiero hablar contigo.

—He venido hasta Seattle sólo para estar contigo. ¿No quieres verme? —dijo Marjorie quitándose el abrigo y dejando su cuerpo desnudo al descubierto—. ¿Ni siquiera así?

Ry recogió el abrigo y se lo dio.

—Así, menos —le espetó—. ¡Lo que quiero es que salgas de mi vida!

—Veo que no estás pasando por un buen momento, cariño. Me voy a quedar unos días en Seattle, en este hotel, ¿sabes? ¿Qué te parece si desayunamos juntos mañana? Podríamos quedar en mi habitación y, así podríamos hablar con más tranquilidad.

—Ni lo sueñes —contestó Ry—. Quédate en Seattle el tiempo que te dé la gana. Yo me vuelvo mañana a Chicago.

Vio que Marjorie no tenía intención de ponerse el abrigo.

—Será mejor que te cubras —le aconsejó abriendo la puerta—,

o vas a dar un buen espectáculo.

Un minuto después, la había echado de su suite. No sabía qué se proponía aquella vez, pero no iba a consentir que lo volviera a manipular para que entrara en su juego. Se dio cuenta de que tenía los puños apretados, así que tomó aire varias veces para tranquilizarse, pero no le sirvió de mucho.

Cerró los ojos, tomó aire con lentitud, lo aguantó y lo expulsó con la misma lentitud. No podía permitir que su ex mujer se metiera en su vida, sacando lo peor que había en él y disparando su ira y su rencor con su mera presencia.

Tenía que trabajar, así que se dijo que enfadarse con Marjorie por algo que había pasado hacía diez años era una pérdida de energía y, desde luego, contraproducente.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero no podía y no era por su ex mujer. Su visita le había dejado claro que quería una relación seria con Jean.

Era en ella en quien no podía dejar de pensar.

Al cabo de dos horas, dejó los papeles a un lado y se metió en la cama porque era tarde. Los sueños románticos se mezclaron con los eróticos, por supuesto siempre con Jean, y la preocupación que le resultaba de no saber qué querría Marjorie.

Al día siguiente, llegó pronto a trabajar para observar cómo se incorporaban los empleados a sus puestos de trabajo. Aquél era su último día de observación general.

Se estaba tomando la segunda taza de café cuando llegó Jean.

—Tengo que volver a Chicago esta noche...—le dijo cerrando la puerta del despacho.

Vio la sorpresa en su rostro y se apresuró a sacarla de su error.

—Sólo van a ser un par de días —le dijo—. Ha surgido un problema muy urgente y tengo que ir. Me voy esta noche e intentaré volver mañana por la noche, pero me temo que no va a poder ser hasta el sábado por la tarde —le explicó abrazándola—. Te voy a echar de menos. ¿Te parece bien que me pase por tu casa esta tarde de camino al aeropuerto? ¿A las seis?

—Muy bien —contestó Jean.

Ry la besó con ternura en los labios y enseguida se puso serio de nuevo.

—Tengo que seguir trabajando —anunció.

A Jean se le pasó el día sorprendentemente rápido, pero no pudo dejar de pensar en Ry en qué les depararía el futuro. ¡Qué pánico había sentido cuando le había dicho que se volvía a Chicago!

Estaba completamente enamorada de Ry Collier y no quería imaginarse la vida sin él.

¿Y si estuviera embarazada? ¿Cómo decírselo? Contó con los dedos los días que habían pasado desde que habían hecho el amor sin tomar precauciones y calculó cuando debía comenzar su período.

¿Cuándo se podía una prueba casera de embarazo? No tenía ni idea. Decidió parar —en la tienda al salir del trabajo. No la iba a comprar todavía, pero sí podía leer la información de la caja para saber cuándo podía hacérsela.

Intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza pero no lo consiguió. A medida que pasaban los días, el tema la preocupaba más y más. Ry se fue a las cuatro y Jean, una hora después. Estuvo a punto de parar en la tienda, pero, al final, no lo hizo.

Se estaba comportando como una loca. Era imposible que estuviera embarazada.

Hizo un par de recados y llegó a casa un poco antes de las seis. Le dio tiempo justo de cambiarse de ropa antes de que llegara Ry.

—Sólo tengo unos minutos, pero no quería irme sin verte.

—¿Es muy grave? ¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó Jean.

—No, no te preocupes —contestó Ry abrazándola—. Te llamaré cuando vuelva —añadió besándola—. ¿Qué te parece si salimos el sábado por la noche?

—Perfecto —contestó Jean.

Ry se quedó un cuarto de hora más y Jean lo vió alejarse en su coche calle abajo. Aunque Ry había asegurado que sólo iban a ser un par de días, se sentía muy sola. ¿Qué iba a pasar en tres, semanas cuando hubiera terminado su trabajo? ¿Sería mejor que se fuera? ¿Era posible mantener una relación a distancia?

¿Pero qué relación? No lo sabía. Aquello le produjo una gran tristeza e intranquilidad.

Hizo unas cuantas cosas que había dejado de hacer aquellas dos semanas porque todo el tiempo libre que había tenido se lo había dedicado a Ry. Mientras las hacía, no podía dejar de pensar en él y en el miedo de estar embarazada.

***

Por fin, llegó el fin de semana. Cuando llegó a casa, Jean miró el salón y se le antojó vacío y silencioso. ¿Cuándo volvería Ry? Con un poco de suerte aquella misma noche, pero también podía ser el sábado por la tarde.

El timbre la sacó de sus pensamientos. Fue a abrir y se encontró con una mujer a la que no conocía de nada.

¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó. La mujer la miró de arriba abajo y Jean sintió un escalofrío.

¿Quién es usted y qué quiere? —le dijo al ver que la

desconocida no contestaba.

Soy Marjorie Collier... la señora de Ryland Collier —contestó mirándola de arriba abajo de nuevo—. Vaya... Ry solía tener mejor gusto antes. Ha debido de ponérselo usted realmente fácil.

Jean sintió que las piernas le temblaban.

¿La... la señora de Ryland Collier? ¿Ry está casado?

Como si no lo supiera.

No lo sabía —le aseguró Jean sintiendo que se quería morir.

Era la segunda vez que se veía inmersa en aquella pesadilla. La relación que había tenido después de su divorcio iba bien hasta que la esposa de su supuesto novio—había ido a verla. Al darse cuenta de que le había estado mintiendo, había sufrido más que durante todo su horrible matrimonio.

Jean apartó aquellos terribles recuerdos de su cabeza e intentó pensar con lógica. Susan le había dicho que Ry estaba soltero. No sabía quién era aquella mujer, pero, desde luego, no era la mujer de Ryland Collier.

—El hecho de que se presente usted aquí y me diga que es su mujer no quiere decir que me lo vaya a creer, ¿sabe? —le dijo mirándola desafiante.

¿De verdad? —dijo Marjorie abriendo el bolso y sacando el carné de conducir—. A ver si esto se lo deja claro —añadió mostrándole el documento en el que aparecía su nombre como Marjorie Collier.

Pues, mire, la verdad es que no —contestó Jean—. La única persona que me puede aclarar esto es el propio Ry.

—Veo que no se lo ha dicho, ¿eh? Volvió a Chicago ayer.

—Y si él se ha ido a casa, ¿qué hace usted aquí? —le espetó Jean muy segura de sí misma.

—Bueno, es una de mis tareas como su esposa —contestó Marjorie con sarcasmo—. Siempre me toca ir por detrás limpiando lo que él ha ensuciado en sus escapadas.

—No sé qué se propone, pero le aseguro que aquí no hay nada que limpiar

—exclamó Jean, ¡Váyase a otra parte con sus malas intenciones: —añadió cerrándole la puerta en las narices.

Tenía un nudo en el estómago tan fuerte que sentía náuseas. Las piernas no la sujetaban y le temblaban las manos. Tuvo que apoyarse en la chimenea para no caerse. ¿Sería verdad? ¿La habría estado engañando Ry desde el principio, desde que Susan los había presentado? ¿También habría engañado a Susan y a Bill?

Jean tragó saliva. No podía ser. No podía ser. Aquella Marjorie Collier no podía ser la esposa de Ry. Aunque le parecía que estaba aplicando la lógica, aquella mujer la había trastocado.

Se sentó frente a la chimenea y pensó en el tiempo que habían pasado juntos aquellas dos semanas. ¿Se iba a acabar así? Dudó de todo. Pero Ry le había dicho que iba a volver. ¿no?

El hotel... No iba a recoger todo el equipaje de cinco semanas para irse dos días, ¿verdad? Podía llamar y preguntar. No, era ridículo. Sería como espiarlo. No, ella confiaba en él.

Por supuesto que Ry iba a volver. No sabía quién era aquella Marjorie, pero desde luego no estaba al tanto de que le quedaban otras tres semanas de contrato con Jarvis Custom Furniture.

Se tranquilizó bastante, pero la sombra de la duda no la abandonó. ¿Y si estuviera casado de verdad? En un movimiento involuntario, se tocó tripa. ¿Y si estuviera embarazada?

Si fuera cierto que Ry estaba casado, no se lo podría decir.

Intentó calmarse, pero había una serie de preguntas para las que no tenía respuesta. ¿Córno sabía Marjorie que estaban juntos, que su relación no era meramente profesional? ¿Se lo habría dicho él? ¿Cómo sabía aquella mujer que Ry tenía que volver a Chicago?

La cabeza le daba vueltas, pero pensó que, si de verdad lo quería, tenía que confiar en él. Sin, embargo, tenía miedo. Ya había pasado por algo así y era espantoso.

Después de divorciarse, había iniciado una relación con un hombre que le había parecido absolutamente maravilloso. La adoraba, la trataba con ternura. Era todo tan diferente a su matrimonio... Precisamente, se había enamorado perdidamente de él porque no tenía nada que ver son su ex marido. Creyó haber encontrado por fin la felicidad que había buscado toda su vida.

Pero se había equivocado. Había llegado incluso a aceptar que él la hubiera distanciado de sus amistades para convertirse en la única persona en su vida.

Jamás olvidaría aquel horrible día en el que su mujer había aparecido en su casa como Marjorie acababa de hacer. Le había dicho que estaba saliendo con un hombre casado... su marido. Para demostrarle que le decía la verdad, le había enseñado fotografías de ellos dos con sus tres hijos. La más reciente tenía apenas dos semanas. Y, para colmo, la mujer estaba embarazada.

Jean no supo qué decir. Se sentía mortificada y avergonzada. Sólo pudo asegurarle una y otra vez que no sabía que estuviera casado.

Cuando habló con él,su supuesto novio le dijo que su matrimonio no tenía nada que ver con ellos. Aquel terrible momento seguía vivo en su memoria. El dolor la había acompañado hasta mucho después de haber dado por terminada la relación.

Se había jurado no permitir jamás que nadie le hiciera daño.

¿Cómo había llegado a la situación en la que se encontraba en esos momentos? De nuevo, una mujer había aparecido en su casa para decirle que el hombre del que estaba enamorada era su marido. Para colmo, esta vez podía estar embarazada de él.

No pudo reprimir las lágrimas, pero se las secó e intentó controlarse. ¿Y si Ry estuviera casado y ella embarazada?

Jamás podría volver a confiar en nadie. ¿Cómo iba a sobrevivir así? ¿Y qué valores le iba a transmitir a su hijo una madre que no era capaz de fiarse de nadie?

Notó que se le había formado un gran nudo en la garganta y se sintió muy sola y muy asustada.

Quería estar enfadada con Ry por haberla engañado y con ella misma por haberse dejado engañar de nuevo, pero lo único que sentía era un dolor inmenso.

Capítulo Siete

Jean se quedó mirando el resultado de la prueba de embarazo.

Sintió que el mundo se le caía encima. Sacudió la cabeza. Tenía que haber algún error. No podía ser. Aunque llevaba muchos días preocupada con aquel asunto, la sorpresa fue mayúscula.

Era la tercera prueba que se hacía y las tres habían arrojado el mismo resultado: estaba embarazada de Ry.

1Después de que Marjorie se fuera, había pasado una noche espantosa.Estar embarazada ya era un problema, pero si además Ry estaba casado no sabía que iba a hacer.

¿La habría estado engañando desde el principio? ¿Lo que le había contado de la noche del baile sería también mentira? ¿La había humillado y traicionado como nadie lo había hecho jamás?

Nada más despertarse el sábado por la mañana, había corrido a la tienda para comprarse la prueba casera de embarazo. Al final, se había comprado tres de diferentes marcas.

Las tres decían lo mismo. Sintió un inmenso udo en la garganta.

¿Y si las pruebas se hubieran equivocado? En las cajas decía que la fiabilidad era del noventa y nueve por ciento. Noventa y nueve no era cien. Había un pequeño margen de error.

Decidió esperar unos días y repetirse la prueba. Sabía que estaba intentando ganar tiempo pues, en lo más profundo de su ser, conocía la verdad. Tenía qué—pedir cita con el médico.

Se dirigió del baño al salón y se desplomó en el sofá. Estaba completamente confundida. No sabía qué o a quién creer. Necesitaba ver a Ry. Se quedó mirando el teléfono. ¿Cuándo iba a volver? Necesitaba hablar con él.

Así, todo quedaría solucionado. Jean sintió un escalofrío al darse cuenta de que Ry le podría aclarar quién era Marjorie, pero eso no iba a cambiar el hecho de que estuviera embarazada.

Aquello iba a cambiar su vida de forma drástica... y la de Ry, también.

Tenía tanto miedo que sintió náuseas. Volvió al baño a recoger toda la parafernalia de las pruebas. Le temblaban las manos. Volvieron las náuseas, pero consiguió controlarlas.

Decidió recoger todo con tranquilidad y pensar en otra cosa, pero no pudo ser. Ya había transcurrido medio día y no tenía noticias de Ry. Había descolgado el teléfono varias veces, pero no lo había llamado. Lo que había comenzado siendo angustia se había tornado pánico.

Intentó poner sus ideas en orden. Primero, tenía que hablar con Ry sobre Marjorie. No podía decirle que estaba embarazada sin saber primero si él estaba casado. En su corazón, sabía que no era cierto, que era imposible que estuviera con . Otra mujer, pero necesitaba oírselo decir.

Intentó leer, pero no pudo. No paraba de mirar la hora. El día se le estaba haciendo eterno. Por fin, el teléfono sonó casi a las seis. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, lo descolgó. Tenía que ser Ry.., por favor, que fuera él.

¿Sí?

Hola, acabo de llegar.

Jean se sintió inmensamente feliz e intentó sonar tranquila. Quería hablar con él cara a cara.

—Ya empezaba a creer que... eh... no ibas a volver —le dijo intentando reírse.

—Sí, la verdad es que me habría gustado volver antes. La reunión ha durado todo el viernes y la mitad de hoy. En cuanto hemos salido de la sala de juntas, les he dicho a mi abogado y a mi directora de proyectos que se ocuparan de los — flecos y me he montado en el primer avión que venía para acá. ¿Has cenado ya? ¿Es muy tarde o podemos vernos un rato?

¡Uy! Habían quedado en que ella iba a planear algo para el sábado por la noche, pero entre la visita de Marjorie y la sorpresa del embarazo no había pensado en nada.

—No he planeado nada —confesó—. Como no sabía a qué hora ibas a volver exactamente, no he atrevido, así que podemos hacer lo que eramos.

Estoy un poco cansado, pero, ¿has cenado?

No... eh... he comido tarde.

—Me gustaría verte. ¿Te, parece bien si me paso por tu casa dentro,de una hora o así?

Sí, muy bien —contéstó Jean deseosa de verle cuanto antes.

Colgó y se dijo que tenía que controlarse Para ello, lo mejor era intentar poner un poco de lógica en sus pensamientos antes de que llegara Ry.

Lo primero era decirle que Marjorie había estado allí y le había dicho que estaban casados. Hasta que ese asunto no estuviera solucionado no había motivo para decirle que estaba embarazada. De hecho, era absurdo hacerlo hasta que no estuviera segura al cien por cien.

No podía ser, no podía ser cierto. Ni que Rv estuviera casado ni que ella estuviera embarazada. Aquello era una horrible pesadilla. Se iba a despertar y todo iba a estar de maravilla. Quería a Ry. ¿No era eso suficiente para que todo fuera bien?

Sintió lágrimas en las mejillas, se las secó y se fue al baño a lavarse la cara. No quería que Ry la viera con los ojos hinchados y enrojecidos para que no se diera cuenta de que algo iba mal. Quería decírselo ella cuando lo estimara oportuno.

Aunque pasó menos de una hora, le pareció que transcurría una eternidad hasta que sonó el timbre. Corrió a la puerta y, unos segundos después, Ry entró y la tomó entre sus brazos. Inmediatamente, Jean se sintió a salvo, como si nada pudiera hacerla sufrir. No quería dejar de sentirse así y lo abrazó con fuerza.

Ry le acarició el pelo. Qué gusto poder abrazarla. No se había dado cuenta de lo vacía que estaba su vida hasta que había pasado solo el viernes por la noche en su inmensa casa.

Había gastado muchas energías en tener dinero y no se había dado cuenta de que en su vida faltaban muchas cosas. Tras su terrible experiencia, se había convencido de que estar atado a una mujer, casado o no, era espantoso que no le permitía ser libre.

Ahora, se daba cuenta de que estar solo era peor que la muerte.

Y se había dado cuenta gracias a Jean. Él necesitaba a alguien especial y esa persona era, sin duda ella. Jean Summerfield, su amiga del colegio, se había convertido en la persona más importante de su vida. No podía imaginarse el futuro sin ella.

—Sólo he estado fuera dos días, pero no sabes como te he echado de menos

—le dijo sinceramente.

—Yo también te he echado de menos —contestó ella.

Ry la besó con ternura y amor y pronto se encontraron sumergidos en un mar de pasión. Le acarició los hombros y Jean se apretó contra su cuerpo pensando que tenían que hablar de un montón de cosas, de cosas decisivas para su futuro

Mientras lo besaba, todos sus miedos desaparecieron, pero no podía ocultarse a sí misma que había uno que se aferraba con fuerza a *su* corazón. ¿Cómo le iba a decir que estaba embarazada? Aquella noticia podía significar el fin.

Jean miró el reloj y vio, que eran sólo las ocho y media.

Hacía dos horas que habían subido a su habitación de manera espontánea y ahora estaban abrazados.

Ry era lo que más quería en el mundo y no era sólo una cuestión física. Ahora que su deseo sexual estaba saciado, volvieron a acuciarla sus problemas terrenales.

Lo primero era hablar de Marjorie. Un escalofrío le indicó el miedo que le daba contárselo. Ella confiaba en él, pero era justo que Ry supiera lo que aquella mujer iba diciendo por ahí.

Tomó aire para calmarse y decidió que no podía esperar más.

Ry… Mmm… ¿Sí?

—Verás... ayer por la noche pasó una cosa y...

Ry se dio cuenta inmediatamente de que era algo muy grave. Lo había detectado en su voz. Se incorporó apoyándose en un codo para verle la cara y, al mirarla a los ojos, se asustó.

—Jean, ¿qué ha pasado? —le preguntó tremendamente preocupado.

Bueno... —contestó ella tragando saliva—. Vino una persona —añadió mirándolo a los ojos.

Ry frunció el ceño confundido.

— ¿Y? No te entiendo. ¿Quién era? ¿Qué pasó? preguntó intranquilo—. ¿Estás bien?

Era... eh... —se interrumpió y miró en otra dirección—. Era una mujer que dijo llamarse... Marjorie Collier.

Jean sintió que Ry se tensaba de pies a cabeza. Inmediatamente, sintió que se le partía el razón. Era obvio que el nombre le decía algo.

—¿Marjorie vino a verte? —le preguntó apretando las mandíbulas.

Jean tomó aire de nuevo y se lanzó.

Sí, y me dijo que era tu mujer, que había estado saliendo con un hombre casado. Me dijo e solías tener amantes cuando tenías trabajos fuera de Chicago, que yo sólo era una más. También me dijo que no ibas a volver, que ella había venido a verme porque se ocupaba de limpiar lo que tú ensuciabas —le explicó sintiendo un escalofrío por la espalda.

Ry no dijo nada. Jean lo miró y vio que estaba altamente enfadado. Jamás había visto a nadie enfadado. Tenía las mandíbulas muy apretadas y las venas del cuello en tensión.

—¿Ry? —le dijo acariciándole la mejilla, que parecía de piedra —. No entiendo nada —le dijo preguntándose si estaba haciendo bien o no—. Por favor, dime algo. ¿Qué es todo esto? ¿Quién Marjorie? ¿Cómo sabía dónde vivo?

Ry la abrazó con fuerza para intentar tranquilizarla, para que entendiera que lo que había entre ellos era de verdad. Jean sintió un gran alivio, pero necesitaba respuestas.

Ry tomó aire varias veces.

—¿Marjorie estuvo aquí y te dijo que era mi mujer? —dijo, intentando mantener la calma a pesar de que se sentía iracundo.

Sí. Entiendo que, obviamente, la conoces.

¿Quién es? Ry... ¿Estás casado? ¿Es tu mujer?

Ry se dejó caer sobre la cama sin dejar de abrazarla.

No, no estoy casado. Marjorie es mi ex mujer. Estuvimos casados dos meses hace diez años.

Sus palabras la sorprendieron.Le había dicho que había estado casado brevemente, pero jamás habría pensado que sólo hubieran sido

un par de meses.

¿Sólo dos meses? —dijo sin poder evitarlo.

—Sí, y fue suficiente —contestó Ry—, te lo aseguro. No nos tendríamos que haber casado jamás.

Jean esperó, pero Ry no le dio más explicaciones. No parecía dispuesto a contarle cómo ni por qué se había casado ni por qué había durado tan poco.

Te puedo decir que Marjorie es manipuladora y lista, pero no sé cómo sabía dónde vives.

¿Y por qué hace lo que hace? ¿Por qué se presenta aquí para decirme que estoy saliendo con su marido como si yo fuera una rompefamilias despreciable?

—Porque es egoísta, mala, manipuladora y vengativa —contestó Ry—. Sólo piensa en sí misma. Me llamó hace unos días... llevábamos sin hablar desde que nos divorciamos. Me dijo que me quería ver para hablar de los viejos tiempos, pero yo le dije que no teníamos nada de lo que hablar que no quería verla. Creí que no volvería a saber más de ella, pero me equivoqué. Se presentó en Seattle. El miércoles por la noche, llamó a mi puerta y le dije que perdía el tiempo porque me volvía a Chicago al día siguiente. Se lo dije para e se fuera de aquí, pero no lo ha hecho. Debe tener otros planes. Debía de llevar unos días en Seattle antes de ir a verme —le explicó acariciandole la espalda—. Por favor, Jean, créeme, es la verdad —suspiró—. Para mí, Marjorie sólo significa desastres y problemas. Es la primera vez que se pone en contacto conmigo desde el glorioso día en que nos divorciamos.

Jean percibió la amargura de sus palabras y el rencor que Ry no podía ocultar. Fuera lo que fuese lo que le hubiera hecho aquella mujer, era patente que seguía haciéndole daño y que era el motivo por el que había decidido ser un soltero empedernido.

—Te creo —le dijo—. Sabía que tenía que haber una explicación lógica. Le dije que sólo me creería que estabas casado si tú me lo dijeras y le cerré la puerta en las narices.

—Lo siento mucho, Jean —dijo Ry besándola con ternura—. Siento mucho que te haya hecho esto. ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo?

—Estoy bien —contestó Jean.

«Aparte de embarazada de ti, claro», añadió mentalmente.

—Sólo necesitaba oír de tu boca que no era cierto lo que ella me había dicho, que no era verdad que estuvieras casado y engañando a tu mujer conmigo.

De momento, era suficiente. No era oportuno decirle que iba a ser padre. Jean quería esperar a estar cien por cien segura de su emba azo. Tenía que esperar unos días más para, haberse otra prueba e ir a ver al médico.

Sí, estaba decidido. No se lo iba a decir hasta que un médico no se lo hubiera confirmado. De todas formas, no iba a ser fácil.

Ry se incorporó de repente y la miró.

—¿Te llamó Marjorie por tu nombre? —le preguntó.

Jean lo miró con el ceño fruncido mientras hacía memoria.

—No —contestó.

—Entonces, es posible que no sepa en realidad quién eres, sólo dónde vives. Si es así, no creo que sepa dónde trabajas ni en qué consiste mi proyecto aquí. Debe de haberme seguido desde el hotel hasta tu casa algún día.

Ry volvió a abrazarla.

—Me alegro de que le plantaras cara —le dijo—. Fuiste muy valiente y seguro que eso la ha hecho dudar… A ver un momento… —añadió tomando el teléfono y marcando un número.

¿A quién llamas?

—Al hotel, para ver si sigue registrada. Con un poco de suerte, a lo mejor, se ha ido.

Efectivamente, así era. Marjorie había abandonado el hotel. Ry se sintió la mar de aliviado. Entre los dos, habían conseguido echarla de la ciudad.

Ry, no nos estará espiando, ¿verdad?

Marjorie es muchas cosas, pero no la veo haciendo algo así —contestó Ry abrazándola de nuevo—. No creo que te vuelva a molestar —añadió besándola—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

¿Estás bien? Si tienes alguna pregunta, no te quedes con las ganas. Házmela, por favor. No quiero que nada te preocupe.

¿Podía preguntarle por su matrimonio? ¿Por qué habría durado tan poco? No, Jean decidió no hacerlo. ¿Y si le contara la horrible experiencia que ella había vivido con un hombre casado en el pasado? No, tampoco se lo iba a decir, era demasiado personal. Tal vez, en el futuro, cuando estuviera más segura de qué tipo de relación los unía.

—En mi corazón, sabía que era imposible que estuvieras casado —le aseguró—, pero tenía que preguntártelo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. No quiero que tengan que volver a pasar otros quince años para arreglar los malentendidos entre nosotros, no quiero que vuelva a haber obstáculos entre nosotros.

«Obstáculos entre nosotros», pensó Jean.

Ry se dio cuenta de que había hablado sinceramente. ¿Demasiado, quizá? La abrazó con fuerza y se deleitó en sentirla tan cerca.

Cuando Jean le había dicho que Marjorie había estado allí, había temido durante una fracción de segundo que la iba a perder. Aquello lo había atenazado.

Suspiró aliviado. Ya no había obstáculos entre ellos. Nada. ¿Y qué iba a pasar cuando terminara su trabajo en Seattle? ¿Volvería a Chicago?

¿Le pediría que se fuera con él a ciegas, sin haberse comprometido? ¿Podría quedarse en Seatle y convertir la pequeña empresa de relaciones públicas que acababa de comprar en el nuevo domicilio social de su imperio? Sería fácil de hacer, pero no sabía si resultaría práctico.

De repente, el futuro se le antojó complicado, así que decidió deja de pensar en él y concentrarse en el presente.

—Todavía es pronto —comentó mirando el reloj—. ¿Quieres que vayamos al cine? Lo digo para olvidarnos de Marjorie y de cómo ha intentado manipularte.

Si a ti te apetece mucho, vamos, pero yo preferiría quedarme aquí —contestó Jean.

Ry sonrió.

Yo también prefiero quedarme en la cama —apuntó acariciándole los pechos.

Quería quitarse a Marjorie de la cabeza como fuera.

—No me refería a eso —rió Jean—. Tendría que haber dicho que no me apetecía salir.

—Te había entendido —sonrió Ry besándola en la mejilla sin dejar de acariciarla.

El resto de la noche se fue en demostrarse el mutuo amor que se tenían, un amor que Jean admitía y deseaba, pero que a Ry le daba tanto miedo que negaba.

Vieron la televisión un rato y hablaron de cosas que siempre habían querido hacer, de sitios que siempre habían querido visitar. Estaban tan bien juntos que les parecía que aquello iba a durar para siempre.

Jean no había olvidado que tenía un noventa nueve por ciento de posibilidades de estar embarazada. Habían solucionado un problema, pero les quedaba otro.

Intentó no preocuparse y rezó para que el futuro le reportara la felicidad con la que siempre había soñado.

Ry pasó la noche con ella y, a la mañana siguiente, la sorprendió en la ducha.

— ¿Quieres compañía? —le dijo acariciándole la tripa, sonriente—. Por mí, encantado de frotarte la espalda.

Jean sintió un escalofrío de deseo por todo el cuerpo.

Si nos ponemos a frotarnos la espalda mutuamente, me temo que no vamos a salir de casa en todo el día y hace un tiempo estupendo. He pensado que podríamos hacer algo espontáneo...

— ¿Qué te parece esto? —contestó Ry besána con pasión.

—No me refería a esto, pero ha estado bien rió.

Jean terminó de ducharse y bajó a preparar el desayuno mientras se duchaba él. Pasaron la mañana juntos tranquilos y felices.

De repente, a media tarde, Ry se puso en pie y la tomó de la mano.

—Vamos a hacer algo espontáneo —le dijo. Jean lo miró con curiosidad, pero Ry no dijo la más. La metió en el coche y se la llevó al Pike's Market y al acuario. Para terminar, tomaron el ferry como si fueran turistas que visitaran la ciudad por primera vez.

A Jean le pareció un día perfecto. Aquella noche, Ry se quedó hasta tarde en su casa. Se sentaron frente a la chimenea y se quedaron admirando las llamas en silencio felices de estar uno en brazos del otro.

Ry no se quería ir, no quería volver al hotel y a su cama vacía. Sabía que no era por el sexo. Era algo mucho más profundo y verdadero. Jean era muy importante para él, lo más importante que había en aquellos momentos en su vida, de hecho.

¿Sería capaz de decírselo algún día? No lo sabía y le daba miedo pensar en ello.

—No me apetece nada, pero me temo que me tengo que ir —le dijo—. Es tarde y mañana hay que trabajar —añadió besándola con ternura en la frente y en la mejilla—. Ha sido un fin de semana maravilloso. Gracias por haberlo pasado conmigo.

—La aventura espontánea de hoy me ha encantado —contestó Jean.

Ry se puso en pie y la abrazó.

—Espero que podamos pasar muchos días más así —le dijo yéndose.

Jean se quedó mirando las luces de su coche perderse en la oscuridad de la noche mientras pensaba lo maravilloso que había sido aquel día.

Había sido tan estupendo que casi había borrado de su mente el terrible momento en el que Marjorie había aparecido en su casa.

Aquello le había hecho recordar cómo se había sentido años atrás al enterarse de que su pareja de entonces la había engañado y manipulado.

¿Entendería Ry que algo así pudiera suceder, que uno actuara de buena fe y otros se aproveran? ¿Podría contarle aquella parte de su pasado? No lo sabía.

Antes de llegar a aquello, tenía que salvar un obstáculo mucho más importante. Tenía que decirle que estaba embarazada.
¿Significaría ello el final de su relación? Sintió un escalofrío de sólo pensarlo.

Capítulo Ocho

Ry se pasó el resto de la semana en los departamentos de pedidos y recepción de suministros, de compras y en el almacén, ya que los tres estaban muy relacionados entre sí.

Jean no lo veía mucho durante el día e intentaba concentrarse en su trabajo, pero cada vez la consumía más pensar en que estaba embarazada aunque tenía una ínfima esperanza de que no fuera así.

Después de trabajar, era otra cosa. Se veían todas las noches y hacían el amor. Ry se quedaba a dormir a veces, pero otras tenía que volver al hotel a trabajar.

El viernes, Jean no podía más. El miedo le había impedido repetirse la prueba de embarazo en casa. Sabía que lo único que estaba haciendo era intentar ganar tiempo y decidió que tenía que ir al médico.

Antes de irse, Ry pasó por su despacho.

Cerró la puerta, se sentó en el borde de su mesa y le tomó la mano como si no pudiera resistir la necesidad de tocarla.

—Tengo un montón de trabajo —le dijo—. Espero que no te importe, pero creo que hoy me voy a quedar en el hotel.

¿Hay... algún problema? —le preguntó Jean. No... —contestó él —. Es que no he hecho todos los deberes que tendría que haber hecho rió Ry—. Me he distraído con una mujer en—cantadora el resto de las noches y tengo que pagar por ello.

Jean se sonrojó.

Oh, no me había dadoenta de eso.

Ry le dio un tierno beso.

Mañana estáte preparada con una bolsa de fin de semana, porque he preparado una espontánea escapada fuera de la ciudad.

¿Cómo puedes decir que es espontánea si la has preparado? —sonrió Jean.

Ry le guiñó un ojo.

—Es espontánea para ti, no para mí —contestó apretándole la mano—. Me lo he pasado estupendamente preparándola y espero que tú te lo pases igual de bien disfrutándola. Nos vemos mañana a las cinco de la mañana.

— ¿A las cinco? —repitió Jean sorprendida—.¿ Por qué tan pronto?

—Porque el lugar al que vamos está un poco lejos —contestó Ry besándola con ternura—. Y no voy a contar nada más —sonrió.

Unos minutos después, salió de su despacho. Jean estaba por una parte abatida por no verlo aquella noche, pero también sentía

cierto alivio porque iba a tener una noche para ella, para dilucidar qué debía hacer.

En el camino a casa, paró en la tienda y aquella misma noche se hizo otras tres pruebas de embarazo en casa. Sus esperanzas quedaron chafadas con los resultados Las tres decían lo mismo: estaba embarazada.

Sí, bueno, pero aquellas pruebas también tenían una fiabilidad del noventa y nueve por ciento. Seguía teniendo un uno por ciento de posibilidades de no estar embarazada. Suspiró resignada. En realidad, sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Debía dejar de mentirse, tenía que enfrentarse a la realidad. Sintió un terrible escalofrío por todo el cuerpo. Tenía que encontrar la manera de decírselo a Ry.

Se puso a pensar en él y en el fin de semana que había preparado para los dos. Lo había hecho para que fuera un momento de felicidad y tranquilidad, no para buscar confrontaciones ni noticias desagradables.

Jean decidió no decirle nada durante aquellos dos días.

Sabía que estaba posponiendo lo inevitable, pero tenía tanto miedo que no sabía cómo hacerlo mejor.

A Ry le quedaban otras dos semanas de contrato con Jarvis Custom Furniture. No había dicho qué tenía pensado hacer después. ¿Se quedaría en Seattle o volvería inmediatamente a Chicago y seguiría con su vida? Tenía que decírselo antes de que se fuera.

Le quedaban dos semanas. Intentó tranquilizarse y ver las cosas de forma positiva. Seguro que, en aquel tiempo, encontraría las palabras adecuadas para decírselo.

Pensó que todo sería mucho más fácil si supiera lo que Ry sentía por ella. ¿La querría o sólo sería una aventura temporal?

Si la quería, ¿por qué no se lo había dicho? ¿La querría tanto como ella a él?

Sintió un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Lo que debería ser el momento más feliz de su vida, ya que tenía al hombre que quería y estaba embarazada de él, se estaba convirtiendo en una pesadilla de miedos y dudas que no sabía cómo controlar.

Tomó aire para tranquilizarse. No podía permitir que sus preocupaciones le estropearan el fin de semana con Ry. Tenía que conseguir controlar sus emociones y ser una persona feliz y alegre durante aquellos dos días.

Mientras hacía unas cuantas cosas de la casa, se forzó a subir el ánimo y se preparó algo de cenar. Después, preparó la bolsa para el viaje. Aunque intentó pensar en cosas agradables, su cerebro le recordaba cada cierto tiempo que estaba embarazada.

Cuando se metió en la cama, se dio cuenta de e estaba llorando.

Se secó las lágrimas, se tapó y apagó la luz. Antes de dormirse, se obligó a tener pensamientos positivos porque no quería tener sueños agitados. A pesar de sus esfuerzos no tuvo sueños apacibles. Siempre presente estaba el inevitable momento de tener que decirle a Ry que estaba esperando un hijo suyo. Se despertó a las cuatro de la mañana, una hora antes de que llegara Ry. Se duchó, se vistió revisó la bolsa de viaje para asegurarse de que no se había olvidado nada.

Ry llamó al timbre a las cinco en punto. Cuando Jean abrió, la tomó entre sus brazos, la besó, tomó su bolsa y la metió en el coche. Mientras se sentaba en el asiento del copiloto. Jean observó la noche estrellada.

—¿No me vas a decir adónde vamos? —le preguntó.

No —contestó Ry sonriendo—. Todo a su debido tiempo.

—No sé si me he traído la ropa apropiada—protestó Jean.

No te preocupes. Si necesitas algo, ya le compraremos.

Ry tomó la carretera que salía de Seattle en dirección norte. A las seis y media habían llegado a la ciudad de Anacortes. Allí, se dirigieron a la terminal de ferrys y Ry compró dos billetes para ellos y pagó la tasa del coche.

¿Alguna pregunta sobre nuestro destino? —le dijo en la cola para embarcar.

—Bueno, he visto que pedías billetes para Oreas Island, así que supongo que vamos allí, ¿no? —contestó Jean.

Ry sonrió y la tomó entre sus brazos.

—Premio —contestó besándola—. He reservado habitación en el único hotel que hay. No tiene teléfono ni televisión ni nada que nos pueda molestar. Es un fin de semana romántico para ti y para mí —añadió mirándola a los ojos.

Qué maravilla —sonrió Jean sinceramente.

Tenemos una hora hasta que zarpe el ferry —dijo Ry mirando el reloj—. ¿Qué te parece si nos tomamos un café calentito en la terminal? —propuso—. Cuando zarpemos, podremos comer o a bordo.

Anduvieron agarrados de la mano hasta la terminal mientras Jean pensaba que el fin de semana más maravilloso de su vida no había hecho más que empezar. Ry era el hombre más sexy del mundo y había elegido un lugar de lo más romántico.

Tal vez, sólo tal vez, fuera un buen momento para anunciarle su embarazo antes de tener que volver a la vida real.

Fueron dos días de ensueño llenos de amor, felicidad y momentos íntimos mágicos. Pasearon mucho, compraron artesanía local, disfrutaron del increíble paisaje e hicieron el amor con pasión.

El domingo por la noche, tomaron el ferry de vuelta a Anacortes. Había sido una escapada idílica y ninguno de los dos quería volver. Al final, Jean había decidido no decirle nada del

embarazo para no estropear aquellos maravillosos momentos.

Se dijo que era mejor dejarlo para otro momento, para un momento especialmente elegido para ello.

Intentó convencerse de que estaba haciendo lo correcto, pero los nervios que le atenazaban el estómago le dejaron claro que sabía que su esquema era absurdo.

En el trayecto de Anacortes a Seattle, ninguno habló mucho. Iban cada uno disfrutando del amor que los envolvía. Llegaron finalmente a las once de la noche a casa de Jean. Una vez allí, Ry tomó su bolsa y la metió dentro, donde la tomó entre sus brazos.

Gracias por el fin de semana, Ry —sonrió ella—. Ha sido maravilloso.

Gracias a ti por háberlo compartido conmigo —contestó él—. Lo que siento es que haya sido tan corto —añadió besándola con delicadeza en los labios.

Aquel beso iba cargado de pasión, pero también de amor, del inmenso amor que sentía por ella porque ya no podía seguir engañándose a mismo. Estaba completamente enamorado de Jean Summerfield.

Se lo había admitido por fin a sí mismo, pero no sabía cómo decírselo a ella. Sólo le quedaban dos semanas de contrato. Cuando llegara aquel momento, tenía que tomar una decisión. Quedarse o irse... pedirle que se fuera con él... intentar mantener una relación a distancia...

No sabía qué hacer, pero tenía claro que aquel tema le iba a dar más de una noche en vela intentando aunar fuerzas para tener el valor suficiente para hacer lo que en su corazón sabía que debía hacer.

Tenía que comprometerse con ella, ¿pero con qué tipo de compromiso? ¿Una relación o algo más serio como casarse?

Aquello lo confundió. No habría creído jamás que se iba a plantear volverse a casar y, sin embargo, allí estaba la idea, tan nítida como el cristal.

¿Qué debía hacer? No lo sabía y el tiempo pasaba. No debía dejar que el engaño de Marjorie diciéndole que estaba embarazada para casarse con él influyera en su relación con Jean.

Ella era diferente, era sincera y verdadera, jamás haría algo parecido a lo que había hecho Marjorie.

—Será mejor que vuelva al hotel a dormir. Esta semana, me toca estar en la planta de fabricación, así que no creo que nos veamos tanto como hasta ahora.

Se quedaron hablando unos minutos más y Ry se despidió de ella con un beso. Mientras iba hacia el coche, pensó que estaba eufórico, como en una nube. Qué suerte había tenido de volver a encontrar a Sally Jean. Aquella mujer era sincera y buena, tal y como

la recordaba del colegio.

Ry tenía clientes, empleados y amigos en los que confiaba, pero hacía mucho tiempo que no confiaba en nadie en el terreno emocional. Hasta que había llegado Jean a su vida.

Sabía que podía confiar ciegamente en ella, e incluso le podía contar lo vulnerable que se bía sentido en los últimos diez años.

Jean se quedó mirándolo mientras se alejaba cerró los ojos y recordó el maravilloso fin de semana que habían compartido.

Había estado a punto de decirle que estaba embarazada, pero no había encontrado el momento perfecto. Debía de ser que el momento perfecto para soltar una bomba así no existía.Por una parte, se sentía aliviada por no habérlo dicho pues temía la confrontación, pero, por otra, se sentía intranquila.

No podía esperar mucho más. Tenía que decírselo antes de que la semana siguiente terminara. Pero, ¿cómo?

Se entristeció al pensar que, tal vez, no la quisiera o no lo suficiente como para construir un futuro juntos. ¿Y si no quisiera, tener hijos? ¿Y dejara de quererla cuando le dijera que estaba embarazada? Sintió un gran dolor en el pecho e inmensas ganas de llorar.

Tenía que decírselo. Tenía que encontrar la manera de hacerlo. Las lágrimas le cayeron lentamente por las mejillas. ¿Cómo era posible estar tan enamorada y tan triste a la vez?

Deshizo la bolsa del fin de semana y se metió en la cama. Se quedó dormida rápidamente. Pero no durmió bien pues sus sueños se vieron impregnados de la angustia que le provocaba no saber qué iba a pasar cuando le dijera a Ry que estaba embarazada.

Se despertó media hora antes de que sonara el despertador.

Ry tenía razón. Aquella semana se vieron poco en el trabajo y fuera de él porque, aunque le dolía horrores, Ry tenía que recuperar las horas de trabajo que había perdido la semana anterior.

Quedaron para verse el miércoles. Ya eran casi las seis y Jean estaba muy nerviosa. Ry debía de estar a punto de llegar porque se iban a cenar fuera. Pensó que su vida se había partido en dos. Una, la que pasaba con Ry, al que quería más que a nada en el mundo, y otra, la que le recordaba que tenía que decirle que estaba embarazada por mucho miedo que le dieran las repercusiones.

En cuanto llegó a su casa, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión y deseo. Entonces, a ella se le olvidó todo lo demás.

—Te he echado de menos. Esto ha sido peor e cuando me fui a Chicago —le dijo—. Entonces, no te podía ver porque estábamos a más de mil kilómetros, pero esta semana ha sido horrible. No sabes la cantidad de veces que me bubiera apetecido entrar en tu despacho y cerrar la puerta, pero tenía que estar en la planta e fabricación. En

cuanto a las noches… —le dijo acariciándole el pelo—. Cuántas veces pensé en dejar de trabajar para venir a tu casa un rato a verte, a tocarte y a sentir tus labios —añadió abrazándola con fuerza—. No puedo estar alejado de ti. Es como si me hubieras encantado y no pudiera hacer nada para evitarlo.

Para —rió Jean—. Me está dando vergüenza.

Es la verdad —le aseguró Ry besándola en la frente—. Como no paro de pensar en ti, voy retrasado en el trabajo. Tengo que tener todos los informes para el jueves de la semana que viene para entregárselos a Matt el viernes, así que si quiero tener este fin de semana libre para pasarlo contigo, me temo que voy a tener que trabajar por las noches. Hoy ha sido la única noche que he conseguido sacar un ratito —le dijo mirándola a los ojos—. Espero que lo entiendas.

—Claro que sí —contestó Jean—. Tienes un contrato que cumplir.

—Gracias —dijo Ry sonriendo—. ¿Nos vamos?

Si por él hubiera sido, habría preferido quedarse escaleras arriba, pero tenían reserva hecha.

—Sí —contestó Jean—, tengo hambre.

Fueron a cenar a un restaurante apartado encantador en el que disfrutaron de una cena maravillosa. Después de cenar, se tomaron un café y se quedaron charlando un buen rato.

Jean se sentía la mujer más feliz del mundo.

Por fin, estaba de nuevo con él. Después de cenar, volvieron a su casa.

¿Sería el momento adecuado para contarle a Ry lo del embarazo? Los tres días desde que habían vuelto de Orcas Island se los había pasado echándolo de menos y llorando. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo y se dio cuenta de que temblaba de pies a cabeza.

Había pensado en decírselo en cuanto lo viera, pero luego había creído que era mejor dejarlo para después de cenar. El restaurante no le había parecido el lugar más apropiado, así que. ¿debía hacerlo ahora? ¿Debía esperar un poco más? Ya se estaba haciendo tarde. ¿Y si lo dejaba mejor para el fin de semana, que iban a estar más tranquilos?

Sí, mejor. La decisión la tranquilizó un poco. La noche había sido perfecta y no quería estropearla. Además, ya era tarde y sabía que iba a ser un asunto espinoso sobre el que iban a tener que hablar largo y tendido.

También sabía que se estaba engañando a sí misma retrasando el momento de la verdad. ¿Estaba esperando a que se produjera un milagro o qué?

Ry se quedó a dormir y pasaron una noche llena de amor y

pasión, como en Orcas Island. Jean lo abrazó y se acurrucó contra su cuerpo.

Sólo habían sido un par de días, pero lo había echado tremendamente de menos.

No sólo la cercanía de su cuerpo, sus besos y sus caricias sino también sus conversaciones, poder compartir con él sus sueños y sus ideas. La vida con Ry sería tan perfecta. Se quedó dormida entre sus brazos, pero cierta sensación de intranquilidad no la dejó en toda la noche.

Ry se despertó temprano, porque debía pasarse por el hotel antes de ir a trabajar. Una vez en la puerta, la tomó entre sus brazos.

—Me temo que no nos vamos a poder ver mucho hasta el fin de semana —se lamentó—. A ver si nos podemos ver un ratito en el trabajo porque esta noche y mañana por la noche no voy a poer venir —añadió besándola—. ¿Hacemos algo el sábado? Me da igual qué con tal de estar contigo. Lo dejo en tus manos, lo que tú quieras.Te llamo esta noche.

Jean lo observó irse y se dio cuenta de que había dejado pasar otra ocasión de decirle que estaba embarazada. No podía volver a suceder decidió decírselo en cuanto se vieran el sábado. Tenía mucho miedo de su reacción, pero no sabía por qué. Si Ry la quería, todo saldría bien. ¿Pero la quería? No le había dicho nada y a Jean cada día se le hacía más dificil no saberlo.

El sábado. Sí, el sábado se lo diría. No iba a haber más retrasos ni excusas.

***

Ry salió de la ducha y se secó el pelo con la toalla. La semana de trabajo había concluido y había conseguido ponerse al día sacrifican un par de noches con Jean. ¡Pero en un par horas estaría con ella para pasar todo el fin semana juntos!

Estaba contento, pero nervioso a la vez.

No le gustaba que la relación que tenía con Jean no estuviera clara. No le gustaba no saber qué iba a pasar en el futoro. Le había costado mucho, pero por fin había tomado una decisión antes de dormirse la noche anterior y ahora después de haberla consultado con la almohada, le seguía pareciendo la acertada.

Había decidido desnudarse por completo ante ella, hablarle de sus sentimientos, de su corazón, de su vulnerabilidad. Quería decirle que la quería y quería ofrecerle un compromiso por su parte.

No sabía todavía los detalles de aquel compromiso ni cómo iba a afectar a sus profesiones, pero estaba seguro de que lo podrían arreglar. Lo importante era estar juntos... para siempre.. Y si eso quería decir casarse, pues se casaban y punto.

Terminó de vestirse, se puso la cazadora y se fue a casa de Jean. Era pronto pues todavía no habían dado las ocho. Decidió invitarla a desayunar fuera. Tal vez, al restaurante del Space Needle, desde el que había unas vistas extraordinarias.

Caminó hacia la puerta, que se abrió antes de que le diera tiempo de llamar. Tomó a Jean entre sus brazos y la besó feliz por su decisión.

—Quiero decirte una cosa —le dijo sin poder dejar de sonreír—. Me gustaría que lo habláramos antes de ir a desayunar, pero, a juzgar por o has abierto la puerta, debes de tener hambre.Tal vez, deberíamos dejarlo para después.

Jean estaba nerviosa y se apartó de él. Tenía que tranquilizarse y controlar sus emociones. Te... eh... te estaba esperando —contestó.

¿Te pasa algo? —le preguntó Ry dándose ata de su estado de ansiedad—. ¿Estás bien?

No, es que... tenemos que hablar. Te tengo contar una cosa y no puedo esperar más. Muy bien —dijo Ry intentando mantener la calma.

¿Estaría enferma? ¿Le habrían diagnosticado alguna enfermedad mortal? Decidió que le daba igual, que si fuera así cuidaría de ella. Sintió un escalofrío por la espalda. La idea de que pudiera pasar algo a Jean era aterradora.

Tomó aire para tranquilizarse. Había dejado que su imaginación se disparara y debía volver a la realidad. Era imposible que estuviera enferma.Debía de ser otra cosa. Tal vez, un problema económico.

La tomó de la mano y la condujo al sofá.

—Siéntate y cuéntame qué pasa. Sea lo que i lo que te tiene preocupada... lo arreglaremos entre los dos.

Tenía que ser fuerte para poder ayudarla. Jean lo miró. Estaba verdaderamente preocudo por ella y aquello le llegó al corazón. Tal vez, se había estado preocupando para nada. Comenzó a tranquilizarse. Cerró los ojos y tomó aire. Lo mejor era ir directa al grano.

Volvió a tomar aire y le tomó la mano. Necesitaba el calor de su piel y la fuerza de su carácter

—Ry... —dijo tragando saliva—. Estoy... embarazada.

Jean vio cómo la sorpresa se apoderaba de él y sintió que se le tensaba todo el cuerpo. Ry se soltó de su mano y se puso en pie. La preocupación se había tornado ira. Jean se sintió fatal

Cualquier esperanza de que aquello lo hiciera feliz quedó aplastada por la realidad.

¿Ry? —le dijo muerta de miedo—. Di algo, por favor.

¿Estás... embarazada? —dijo él por fin—¿Cómo puede ser? —gruñó—. Siempre tomo precauciones.

—La primera vez, no —le recordó Jean—. Habíamos bebido mucho, ¿recuerdas?

—¿Ah, sí? —Gritó iracundo—. ¿Me estás diciendo que me tengo que creer que la primera vez que nos acostamos te quedaste embarazada porque habíamos bebido mucho?

Ry sintió un inmenso dolor que le atravesaba el cuerpo como si fuera un cuchillo caliente y él, mantequilla. La ira se mezcló con aquel dolor hasta que no pudo separarlos. Todo en lo que creía se había ido abajo de repente.

Amaba a Jean y, sobre todo, había confiado en ella. Y ahora resultaba que ella le estaba diciendo casi exactamente las mismas palabras con las que Marjorie lo había engañado diez años atrás.

¿También Jean se proponía lo mismo? Si hubiera esperado un poco más, no tendría que haber mentido. Ry le iba a pedir que se casara con él porque la quería, pero ahora... sacudió la cabeza con la esperanza de que el horrible dolor se esfumara.

Todos los mecanismos de defensa que había desarrollado desde que era niño se pusieron en marcha. Había dejado que su vulnerabilidad hiciera acto de presencia y ahora estaba pagando el precio.

Dio un par de pasos atrás mientras intentaba controlar el pánico que se había apoderado de él.

¿Cómo se llamaba tu médico? —le espetó.

¿Mi médico?

Ry vio que Jean lo miraba confundida y dolida, pero no dejó que aquello hiciera mella en el muro que acababa de levantar entre ellos, un muro hecho de viejas heridas y dolores.

Tuvo que apartar la mirada para que el inmenso amor que sentía por ella no lo confundiera porque, en lo más profundo de su corazón, sabía que era un amor que jamás desaparecería. —Sí... tu médico —insistió—. Te habrá confirdo él que estás embarazada, ¿no?

Todavía... no he ido —le explicó Jean—.Tengo cita para la semana que viene.

Entonces, ¿cómo sabes que estás embarazada?

Me he hecho una prueba en casa —contestó Jean.

—¿Y qué esperas que haga teniendo en cuenta que me estás diciendo esto después de haberte hecho una prueba insignificante que has comprado en una tienda?

Ry cerró los ojos e intentó recuperar la compostura. ¿Por qué no había ido al médico? Ojalá le hubiera dado el nombre de su médico, pero las palabras de Jean se parecían tanto a las que Marjorie le había dicho diez años atrás... uno prueba casera...

Ya había picado una vez y no estaba dispuesto a dejarse engañar de nuevo, así que decidió irse para que el amor que sentía por

ella no le nublara la razón.

—No pienso dejar que me manipulen así otra vez.... Cuando el médico te diga que estás enbarazada, házmelo saber —le dijo.

Su voz era fría y sus movimientos, distantes Jean se obligó a no llorar. Lo último que quería era que Ry la viera llorar. Seguramente, creería que no era más que una treta para intentar engañarlo.

Jean se sintió más sola y traicionada que nunca. Jamás había sentido tanto dolor, pero tenía que controlarse hasta que Ry se hubiera ido.

—No —le dijo sorprendiéndolo.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Que no —repitió. No pienso molestarte con un informe médico —añadió con amargura—. A partir de ahora, da por hecho que no tienes ninguna responsabilidad en este asunto. No quiero que sientas que te he manipulado —concluyó abriéndole la puerta para que se fuera.

Ry dudó un momento sin saber qué hacer. La cabeza la daba vueltas. ¿Lo estaba echando? Era lo último que esperaba de ella. Creía que le iba a suplicar que se quedara, todo lo contrario. ¿Se habría precipitado?

Adiós, Ryland.

Sus palabras interrumpieron sus pensamientos. Sonaban a fin. La miró, pero Jean desvió la da. Parecía decidida y muy segura de lo que estraba haciendo.

Espera un momento. Quizá...

—He dicho que adiós, Ryland. Quiero que tevayas ahora mismo.

Su tono era determinante, así que Ry obedeció.Al hacerlo, sintió que el mundo se le caía a los pies y que su vida no tenía sentido. Se giró, pero Jean cerró la puerta con fuerza.

A los pocos segundos, la oyó llorar con amargura y, entonces, Ry supo con certeza que se había equivocado.

Se montó en el coche, pero no fue capaz de ponerlo en marcha hasta transcurridos unos minutos porque estaba como ido.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, desde aquellas Navidades de cuando tenía ocho años y el tren que esperaba como regalo había desaparecido.

De eso hacía veinticuatro años, pero se sentía incluso peor que entonces. Necesitaba llorar porque acababa de cometer el error más garrafal de su vida.

Capítulo Nueve

Jean miró el reloj por enesima vez desde que había sonado el despertador hacía una media hora.

Eran casi las siete.

Había pasado el fin de semana más horrible de su vida. Después de que Ry se fuera, había ido como un zombie de la silla al sofá, del sofá a la cama, de la cama al suelo y vuelta a la silla.

No había dormido más de siete horas en total sumando ambas noches y se sentía la persona más sola y desdichada del mundo.

No podía parar de llorar. Cuando creía que ya había derramado la última lágrima, empezaba de nuevo el torrente. Nunca había sufrido tanto nunca se hubiera imaginado, que Ry la iba a rechazar así. Había sido como si le hubiera pegado. ¿Cómo iba a sospechar que se iba a comporta así al enterarse de que estaba embarazada?

Había pasado de estar tierno y cariñoso con ella a mirarla con odio y decirle que lo estaba manipulando. Había sido como si se hubiera convertido en otra persona.

Cerró los ojos y lloró de nuevo. Lo quería tanto... ¿Cómo era posible que hubiera sucedido aquello?

Intentó controlar sus emociones porque tenía que levantarse. Era lunes y tenía que estar en su puesto de trabajo en una hora. Tenía que darse prisa si no quería llegar tarde, y no quería porque aquella semana Ry iba a estar en su departamento. no quería darle ninguna excusa para hablar mal de ella en su informe. Sintió un escalofrío. Estaba embarazada y sola. Ahora, necesitaba aquel trabajo más que nurica. ¿Sería Ry capaz de vengarse de ella dando malas referencias?

No lo creía posible, pero se dijo que no debía darle ninguna razón para hacerlo.

Por eso, se levantó haciendo un tremendo esfuerzo y se duchó, se maquilló y se vistió. Llegó al trabajo a las ocho menos cinco y supo que Ry ya estaba allí porque vio su coche.

Al entrar en el edificio, sintió un nudo en el estómago. Eran los nervios. ¿Qué debía decirle? ¿Debía hablarle ella primero o sólo contestar si él se dirigía a su persona? ¿Cómo iba a comportarse ante el hombre a quien quería tanto y que la había echado de su vida tan fácilmente?

Sintió ganas de llorar de nuevo y miró a su alrededor. En ese momento, vio a Ry yendo hacia ella y corrió a refugiarse en el baño. No quería que se diera cuenta del terrible daño que le había hecho.

Se lavó los ojos para que Ry no se percatara de que había llorado. Tenía que convivir cinco días más con él, cinco días de

angustia preguntandose qué iba a decir sobre ella en su informe.

Y, sobre todo, cinco días de ver cómo la miraba con desprecio.

Iba a tener la vida entera para llorar, así que echó los hombros hacia atrás con decisión podía pasarse todo el día en el baño. Tenía que trabajar e importantes asuntos de los que ocuparse. Se peinó, se retocó el maquillaje de los ojos y se fue a su despacho.

Media hora después, Ry entro en el departamento de personal, que era una sala alargada dividida en dos partes. Al final de una de ellas estaba el despacho de Jean, que solía tener la puerta abierta.

Saludó a todo el mundo con educación y se acercó a su puerta.

—Jean, ¿tienes un momento, por favor?

—Sí, señor Collier, por supuesto —contestó ella dejando la carpeta que tenía entre las manos—. ¿En qué lo puedo ayudar?

Le había hablado con frialdad y distanciamiento, pero lo peor era ver el dolor de sus ojos. Ry sabía que verse por primera vez después de lo que había pasado el sábado no iba a ser fácil.

De hecho, había estado todo el fin de semana pensando en ello. No había comido y apenas había dormido. No había podido pensar en otra cosa. Lo había pasado fatal y sabía que era porque había metido la pata.

En lugar de reaccionar al anuncio de Jean en relación con lo que había entre ellos, lo había hecho recordando lo que Marjorie le había hecho.

Jean era la mujer a la que amaba y se merecía algo mejor. La había herido en lo más profundo de su ser y tenía que arreglarlo.

—Jean... tenemos que hablar —le dijo sentándose en el borde de su mesa.

—Me parece que ya dijiste todo lo que tenías que decir el sábado por la mañana, ¿no? Si es ese el asunto que querías tratar conmigo, lo siento mucho, pero tengo un día muy ocupado y no puedo perder el tiempo.

Ry sabía que aquello iba a ser difícil y, desde luego, el trabajo no era el mejor lugar para hablar de ellos, pero necesitaba aclarar las cosas lo suficiente como para poder quedar una noche para cenar y hablar más tranquilamente.

—Jean, por favor, estoy intentando...

— ¿Por favor qué? —gritó Jean.

Miró hacia la puerta y vio que un par de empleados los estaban mirando. Se levantó y se puso de espaldas, pero no cerró la puerta para no dar pie a ningún comentario.

—Estás en mi despacho —le dijo bajando la voz—. Aquí, sólo se habla de trabajo. Te agradeería que te limitaras a hablarme sólo de eso.

Ry se puso en pie.

—Muy bien —contestó—. Necesito el manual que les das a los nuevos y las descripciones de los puestos de trabajo que ofertáis en los diferentes departamentos.

Su rápido cambio de tema confundió a Jean, pero pudo reaccionar.

—Sí... eh... tenemos una hoja informativa que damos a la gente cuando se incorpora a la empresa —dijo sacando un documento de uno de los cajones de su mesa y entregándoselo.

Ry lo aceptó, lo miró y le dio la vuelta.

— ¿Ya está? —dijo enarcando una ceja—. ¿No tenéis un manual del empleado?

Ya está —contestó ella. Con la mandíbula apretada.

¿Y qué me dices de la—descripción de los, puestos de trabajo?

—De eso se encarga el director del departamento en cuestión donde va a trabajar el nuevo empleado.

—¿Y tienes lo que les das a los tuyos?

—Eh... no —contestó Jean furiosa—. Nunca lo he necesitado.

—Ya. ¿Te importaría darme algo por escrito para esta tarde?

Tengo muchas cosas que hacer, pero lo intentaré —contestó Jean.

Bien.

Jean vio cómo Ry miraba a su alrededor y se fijaba en todo lo que había en su despacho, desde las carpetas hasta los muebles. Sin decir nada más, se fue.

Jean intentó trabajar con normalidad. Cada vez que levantaba la cabeza, se encontraba con la mirada de Ry, con Ry observando a sus empleados o con Ry hablando con sus empleados.

Cada vez que le pasaba, sentía escalofríos.

Le había puesto por escrito lo que él le había pedido, pero, cuando se lo había dado, Ry se había limitado a darle las gracias y a guardarlo en su maletín sin ni siquiera mirarlo.

Jean nunca se había alegrado tanto de que terminara un día de trabajo. Cuando llegaron cinco, recogió sus cosas y se apresuró a ir hacía su coche. Por suerte, había quedado con el grupo de teatro.

Después, fue a hacer un poco de compra y, para cuando llegó a casa, eran las once y estaba agotada.

Cuando entró en su habitación, vio que tenía cuatro mensajes en el contestador. Se le hizo un nudo en el estómago mientras le daba al play.

—Jean... soy Ry. Si estás ahí, por favor, contesta... ¿Jean? ¿Estás ahí? Tenemos que hablar. debo... eh... quiero pedirte perdón... por lo el sábado. Lo que pasó fue que... eh... lo que que dijiste me tomó por sorpresa y... tenemos que hablar. Por favor, llámame en

cuanto llegues. Tenemos que hablar.

Jean paró el mensaje. Ry parecía inseguro y dubitativo. Era lo último que se esperaba de Ry Collier. No sabía qué hacer.

Ry parecía sincero, pero, ¿sería sólo para suavizar la situación? ¿De verdad se arrepentía de lo que le había dicho? Había dejado muy claro que no se creía que estuviera embarazada y que todo entre ellos había terminado.

¿Qué tendría que decirle que fuera a cambiar aquello?

Jean se sintió desesperada. ¿Por qué no la dejaba en paz? ¿Qué quería, lavarse la conciencia?

Tenía que aguantar cuatro días más de trabajo y, luego, Ry se iría. Entonces, podría recoger los pedazos de su vida y recomponerla.

Volvió a darle al play y escuchó los otros tres mensajes. Todos eran de Ry.

Los borró y se metió en la cama. Estaba muy cansada, tanto física como emocionalmente.

Sólo quería dormir. Tal vez, todo hubiera sido una pesadilla.

***

Cuando llegó al trabajo el martes por la mañana, vio que Ry estaba en el departamento de contabilidad. Se apresuró a llegar a su despacho rezando para que se pasara todo el día con ellos.

Lo que le había dicho el día anterior sobre el manual y la descripción de los puestos de trabajo la había molestado, pero tenía razón. Era algo que tendría que haber hecho hacía mucho.
No había sido así porque no había podido, tenía demasiado trabajo,le llovian asuntos de todas partes. Jean sabía que tenía que reestructurar ciertas cosas, pero no había tenido tiempo.

¿Incluiría aquello Ry en su informe? ¿En su contra? Sintió un escalofrío. No podría defenderse.

Aquella tarde, Ry se pasó por su departamento. Cada vez que Jean levantaba la cabeza y miraba hacia el exterior de su despacho, se lo encontraba haciendo preguntas y consultando documentos.

A medida que iban pasando las horas, se iba poniendo cada vez más nerviosa. Por fin, llegaron las—cinco y se apresuró a recoger para irse, pero Ry se lo impidió.

—Anoche, te llamé varias veces y te dejé unos cuantos mensajes para que me llamaras, pero no lo hiciste.

Jean decidió ser civilizada y educada.

—Era muy tarde cuando los oí, estaba cansada y ne fui a dormir.

—Ahora, no es tarde. ¿Podríamos ir a tu casa a hablar?

—No, no tenemos nada que decirnos. Ya te dije ayer que el sábado me quedó muy claro, lo que pensabas. Estoy segura de que

tendrás cosas mucho más interesantes que hacer que repetirte, sobre todo porque eso no va a cambiar el hecho de que estoy embarazada. Ya te he dicho que no te voy a pedir ninguna responsabilidad, ni emocional ni económica. No tienes ninguna obligación ni hacia mí ni hacia el bebé —le dijo tragando saliva para no llorar—. Sé cuidarme muy bien solita, así que no tenemos nada de lo que hablar. Si me disculpas —concluyó colgándose el bolso del hombro—, he terminado de trabajar y me gustaría irme a mi casa.

Pasó a su lado tan rápido que a Ry no le dio tiempo de decir nada. A Jean le había costado horrores mantener la compostura mientras hablaba con él, pero ahora le temblaban las piernas y lo único que quería era meterse en el coche e irse a casa.

Le quedaban otros tres días. Cuando se fuera,ya recompondría su vida. ¿Y el informe de Ry? ¿Tendría consecuencias negativas sobre su puesto de trabajo? Sintió un escalofrío y comprendió lo duro que iba a ser criar sola a un hijo y estar trabajando todo el día para salir adelante.

Nunca había sentido tanto pánico, pero tenía que ser fuerte. Sintió ganas de llorar, pero se controló.

Durante el miércoles y el jueves, Jean hizo todo lo que pudo para esquivar a Ry disimuladamente. Para su alivio, no la llamó ninguna noche y, cuando llegó al trabajo el viernes por la mañana, no estaba.

A las doce de la mañana, no había aparecido y Jean comenzó a respirar con más tranquilidad.

—Jean, Ry Collier ha terminado su evaluación y nos va a dar el informe final a las cuatro —le dijo Matt después de comer—. He pensado en entregaros a cada director de departamento una copia para que os lo miréis durante el fin de semana. El lunes por la mañana, vamos a tener una reunión para hablar de los informes y de cómo poner en marcha los consejos que nos haya dado el señor Collier. ¿Te parece bien a las siete?

—Muy bien —sonrió Jean.

En cuanto Matt salió de su despacho, a Jean se le borró la sonrisa. ¿Qué diría de ella en el informe? Miró la hora. Sólo le quedaban dos horas para saberlo.

Media hora después, vio a Ry entrando en el despacho de Matt con un sobre muy grande. Jean sintió que se le tensaba todo el cuerpo. Había llegado el momento. En breve, sabría qué iba a ser de ella.

Tomó aire para tranquilizarse y se concentró en su trabajo hasta que, poco después de las cuatro, Matt entró en su despacho para darle el informe.

—Toma, Jean. Mírate las recomendaciones y ya hablaremos de ellas el lunes por la mañana.

—Está bien —contestó Jean aceptando el sobre.

Lo dejó en su mesa y se quedó mirándolo varios minutos, pero no lo abrió. Lo apretó contra su pecho y cerró los ojos, como si por no leerlo su futuro no corriera peligro.

Siguió trabajando hasta las cinco. Entonces, recogió sus cosas y se fue a casa. Una vez allí, se cambió de ropa y se sentó en el borde de la cama. Se quedó mirando el sobre e intentó calmarse.

Lo abrió con manos temblorosas y leyó. Algunas frases le llamaron poderosamente la atención.

Revisión completa de la estructura interna del departamento de personal... completamente obsoleto... se han detectado interacciones con otros departamentos...

Y, para terminar, lo peor:

Se recomienda eliminar el puesto de la directora de recursos humanos.

Se le cayó el informe de las manos. ¿Cómo podía hacerle aquello? Estaba embarazada, el padre de su hijo la había rechazado y, para colmo, ahora recomendaba que la dejaran sin trabajo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía una persona ser tan mala? Ry había jugado con ella. Creía haber aprendido la lección en el pasado, pero no había sido así. Ahora, sin embargo, tenía muy claro que no se iba a volver a enamorar jamás.

«Se recomienda eliminar el puesto de la directora de recursos humanos».

Aquellas palabras no se le iban de, la cabeza. Era el punto y final a cinco semanas con Ry Collier. No estaba casado con Marjorie, pero aquella mujer había acertado en una cosa. Por lo visto, no la consideraba más que una aventura.

La aventura había terminado y ya podía volver a Chicago.

Jean sintió un terrible nudo en la garganta y tragó saliva varias veces para no llorar, pero no lo consiguió. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas en cascada y los sollozos apenas la dejaban respirar.

Tenía pánico de pensar en el futuro. Tenía que ser fuerte porque iba a tener que criar a un hijo ella sola. Sacudió la cabeza. Desde luego, jamás había imaginado que las cosas iban a ser así. Ella se había imaginado un hogar feliz con Ry y su hijo, pero aquel sueño se había evaporado como si jamás hubiera existido.

El timbre la sacó de su sufrimiento. Lo ignoró. No sabía quién era, pero no quería ver a nadie. Siguieron llamando, así que tuvo que bajar las escaleras y abrir la puerta. Al hacerlo, se quedó de piedra pues era Ry.

Entró sin esperar a ser invitado y cerró la puerta.

—Te dije que teníamos que hablar y lo decía en serio —dijo.

Al ver la pena en sus ojos y las lágrimas en sus mejillas, sintió que se le partía el corazón. ¿Cómo había podido hacerle aquello? ¿Cómo había dejado que los viejos demonios que lo perseguían desde el desengaño con Marjorie hubieran estropeado su relación?

Tenía que convencerla de que no era el canalla más grande del mundo. La abrazó y Jean intentó zafarse, pero él no se lo permitió.

—Soy más fuerte que tú —le dijo—, y te voy a abrazar hasta que te calmes.

Al cabo de unos segundos, Ry comprobó que estaba más tranquila, que su cuerpo no estaba tan tenso.

— ¿Estás bien? —le preguntó acariciándole el pelo—. ¿Podemos sentarnos y hablar?

—No parece que tenga muchas opciones —contestó Jean con un hilo de voz.

Ry la tomó de la mano, la llevó al sofá y se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y sintió una punzada de miedo, pero había tomado una decisión. Lo había estropeado todo y tenía que arreglarlo.

—Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón por lo mal que me porté el sábado por la mañana —le dijo—. No tenía derecho a tratarte así y me siento fatal por ello. Ahora, no tengo la excusa de ser un inseguro adolescente de diecisiete años.

Hizo una pausa intentando ordenar sus pensamientos. Sabía que sólo iba a tener una oportunidad de hacerlo bien, así que debía elegir las, palabras con cuidado.

—Te voy a contar una cosa que me había jurado no contar jamás, algo que sólo sabe Bill Todd. No me excusa de cómo me comporté el sábado, pero espero que te ayude a comprenderme.

Tomó aire, lo aguantó unos segundos y lo soltó con lentitud.

—Un mes después de terminar la carrera, cuando llevaba tres meses saliendo con Marjorie, me dijo que estaba embarazada. Me quedé de piedra y le pregunté cómo podía haber sucedido si siempre habíamos tomado precauciones. Me recordó una fiesta de graduación a la que habíamos ido hacía mes y medio y en la que había corrido la cerveza. Aquella noche, decidimos pasarla en un motel que había justo al lado de la fiesta para no tener que conducir. Me dijo que fue esa noche cuando se había quedado embarazada, que ninguno de nosotros nos habíamos acordado de los preservativos. No pude decir nada porque había bebido mucho y no me acordaba de casi nada.

Ry tragó saliva recordando aquellos horribles momentos.

—En cualquier caso, me casé con ella a pesar de que no la quería. Un par de meses después, descubrí la verdad. No estaba

embarazada y nunca lo había estado. Cuando se lo dije, me contestó batiendo las pestañas que era la única forma que se le había ocurrido para que me casara con ella. Al día siguiente, pedí el divorcio. Entonces, descubrí que le había hecho lo mismo a otro chico tres años antes y lo había desplumado al divorciarse. Mi abogado era muy bueno y teníamos testigos convincentes, incluido su ex marido. El juez le echó un buen rapapolvo, le dijo que era una intrigante profesional que no se merecía ni un centavo y le advirtió que, si yo quería, podía interponer contra ella una demanda civil. No lo hice porque lo único que quería era perderla de vista cuanto antes.

Ry abrazó a Jean con fuerza. Necesitaba sentirla cerca.

—Y eso fue lo que me pasó el sábado por la mañana. Tú me dijiste que estabas embarazada, pero yo oí a Marjorie mintiéndome para que me casara con ella

—le dijo besándola en la mejilla—. No tenía derecho a hacerte lo que te hice, no tenía derecho a juzgarte con el mismo rasero que a ella. Perdóname, Jean —le pidió mirándola a los ojos—. Hace unas semanas, me dijiste que me perdonabas por lo que te había hecho cuando tenía diecisiete años. Ahora, ya no soy un inmaduro adolescente, tengo treinta y dos años, pero te vuelvo a pedir que me perdones, por favor.

Ry estaba tenso de miedo.

—No sé, Ry —contestó Jean al cabo de un rato—. No sé qué decir —añadió apartándose de él.

La explicación que le había dado la había sorprendido, pero la había ayudado a entender lo que había pasado el sábado. Aun así, seguía angustiada. No sabía lo que Ry sentía por ella, si iba a aceptar al niño, si iban a poder ser una familia normal...

Y, por supuesto, estaba el horrible informe que había hecho sobre ella. Tenía que explicarle eso, así que no tenía más remedio que decirle que lo había leído.

Te perdono por eso, pero, ¿y qué? ¿Dónde estamos ahora? Sigo estando embarazada —le recordó—. ¿Y ahora qué, Ry?

Ry comprendió que había llegado el momento de hablar seriamente de su relación.

Cuando llegué aquí el sábado, te dije que te quería decir una cosa, ¿recuerdas? Lo que quería era hablar contigo de nuestro futuro. Creo que ha llegado el momento de hacerlo.

¿Qué tienes que decirme sobre nuestro futuro?

—Te creo cuando me dices que estás embarazada —contestó Ry abrazándola de nuevo.

Estaba nervioso. Estaba a punto de adentrarse en un territorio inexplorado y, al final, el miedo lo venció y no le dijo que la quería.

Quiero formar parte de tu vida, quiero ayudarte con el niño.

¿Lo dices porque te sientes obligado? No quiero que lo hagas porque creas que es lo que debes hacer. No quiero que me odies porque creas que te he manipulado.

Ry sintió pánico. No sabía qué decir. No, claro que lo sabía. Sabía que tenía que decirle que la amaba.

—Teniendo en cuenta que… eh… estás embarazada, tal vez, deberíamos… hablar de… bueno, de vivir juntos, ¿no?

Aquello era más de lo que Jean podía soportar. Se levantó del sofá y se quedó mirándolo fijamente. — ¿Te crees que me voy a ir contigo a Chicago sin ningún compromiso por tu parte? ¿Te crees que voy a dejar mi vida aquí para seguirte hasta que… hasta que te hartes de mí, hasta que decidas que yo también te he manipulado y que prefieres no volver a verme?

Entonces, se acordó del informe.

— ¿Por eso has puesto en tu informe lo que has puesto sobre mi departamento y sobre mi puesto de trabajo? Para tenerlo todo controlado, ¿verdad? ¿Te creías que, así, no iba a tener másremedio que hacer lo que a tí te diera la gana? —se interrumpió al ver la confusión con la que lo miraba Ry.

— ¿Qué tiene que ver mi informe con todo esto?

—Lo he leído. ¡En él recomiendas que eliminen mi puesto de trabajo! Entonces, no tendría mucho donde escoger, ¿verdad? Sobre todo, porque ponerse a buscar un nuevo trabajo estando embarazada no es nada fácil.

Ry entendió de repente.

—Veo que no te has leído el informe entero —le dijo intentando calmarse—. Has leído sólo el principio, ¿verdad?

Jean se sintió confusa de repente. —No, bueno…eh… no me lo he leído entero. —No, ya veo, te has debido de leer sólo la pri mera hoja —le dijo tomándola de la mano y haciéndola sentarse en el sofá —.

Si lo hubieras leído entero, habrías visto que recomiendo eliminar tu puesto porque aconsejo crear un departamento de recursos humanos en lugar de mantener el de personal. He hecho unas cuantas recomendaciones en ese sentido porque la empresa tiene un tamaño considerable y el departamento de personal ya no puede con todo, pero no ha sido porque haya visto que tú hacías mal tu trabajo. Lo cierto es que he observado que te tienes que ocupar de asuntos de todo tipo que caen en tu mesa como por arte de magia. Por eso, aconsejo eliminar el puesto de directora de personal y sustituirlo por el de directora de recursos humanos con, por supuesto. Una subida salarial.

Jean se quedó mirándolo en silencio.

—Me siento.., como una tonta… no había leído eso, y con todo

lo que había pasado creí que...

—Te entiendo —dijo Ry abrazándola con fuerza—. En cuanto a lo de vivir juntos, no me refería a que quiera que dejes tu vida aquí. ¿Cómo voy a querer eso cuando he recomendado que te suban el sueldo? Había pensado en instalarme yo aquí, en cambiar aquí el domicilio social de mi empresa.

Lo que hacía unos minutos había sido ira, pánico y miedo, se tornó vergüenza. Jean se había equivocado, lo había tratado con demasiada dureza. De repente, se sintió la persona más feliz del mundo, pero todavía había un nubarrón negro sobre su cabeza y tenía que despejarlo como fuera.

—No quiero que estés conmigo sólo porque te sientas obligado. Nunca me has hablado de amor, ni una sola vez —le dijo con dificultad—. Si no nos queremos, no creo que podamos darle a nuestro hijo un buen hogar, así que prefiero que te vayas. No quiero una relación basada en la responsabilidad. Para mí, no es suficiente gustarte.

Jean necesitaba saber lo que Ry sentía por ella, necesitaba un compromiso de verdad, no le valía con que le dijera que se iba a encargar del niño.

Ry tomó aire.

—El niño y tú sois lo más importante de mi vida —le dijo abrazándola con fuerza—. Te quiero, Jean... te quiero mucho. Quiero que nos casemos cuanto antes porque quiero que seamos una familia, una familia de verdad.

Jean sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de alegría. ¡Había esperado tanto tiempo para oír aquellas palabras!

— ¿Estás seguro?

—Sí... —contestó él acariciándole el pelo—. Llevaba mucho tiempo queriendo decírtelo, pero me daba miedo el compromiso. Cuando me di cuenta de que más miedo me daba perderte, todo se aclaró en mi mente y decidí que no podía permitir que el pasado controlara el presente.

—Oh, Ry... Te quiero tanto...

—Quiero pasar toda la vida contigo, Jean —le dijo besándola en los labios—. Quiero que nos casemos la semana que viene o antes si se puede. Voy a hablar con mi abogado para trasladar la empresa y nos vamos a poner a buscar casa inmediatamente.

¿Estás seguro?

No he estado más eguro de nada en mi vida.

Jean sintió que no le cabía más amor en el cuerpo.

Oh, Ry, te quiero tanto. Sí, nos vamos a casar, donde tu quieras y como tu quieras.

Ry la besó con un todo el amor que llevaba dentro. Por primera

vez en su vida, tenía alguien a quien dárselo. E iban a tener un hijo, la prueba definitiva de aquel amor. No podía ser más feliz.

Epílogo

Ry entró en el garaje de su casa de Bainbridge Island, que daba a la bahía de Seattle. Llevaban seis meses casados, pero hacía sólotres que habían encontrado la casa perfecta.

— ¿Jean? —la llamó subiendo las escaleras y llegando a la cocina—. ¿Dónde estás?

—En el salón.

Un momento después, la estaba abrazando.

— ¿Qué te ha dicho el médico? —le preguntó.

—Que todo va bien —contestó Jean señalando una caja que había en el suelo—. Tengo un regalo para ti.

— ¿Para mí? ¿Y eso por qué?

—Bueno, digamos que porque te quiero.

—Yo también te quiero, señora Collier —dijo Ry tocándole la tripa—. Cuántas cosas han pasado, ¿verdad? Tardamos tres días en casarnos, tres meses en encontrar esta casa y en un par de meses más nacerá nuestro hijo. No he sido tan feliz en la vida.

Jean sonrió encantada.

—Abre tu regalo.

Ry deshizo el lazo y abrió la caja. Al ver lo que contenía, se le saltaron las lágrimas y la abrazó con fuerza.

— ¡No me lo puedo creer! —Exclamó—! Es un tren!

—He pensando que así podrás jugar con el niño.

—Claro que sí —contestó Ry, feliz—. Oh, cuánto te quiero.

—Yo, también, amor mío.

—Aunque estemos casados, me sigues sorprendiendo —dijo Ry besándola en los labios—No me puedo imaginar que sería de mí sin ti.

—No hace falta que te lo intentes imaginar. Porque pienso estar siempre contigo.

[image]**Escaneado y Corregído por Consuelo 15.06.10**